

DR
A

C. 1135794
D. 110282

JULIO CEJADOR Y FRAUCA

Cintarazos

(ARTÍCULOS INÉDITOS)

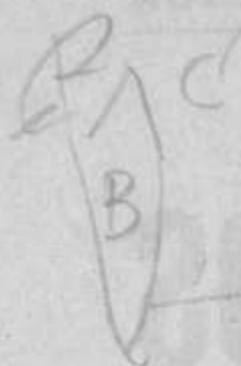
CON UN ESTUDIO CRÍTICO DEL BATALLADOR
PERIODISTA, DIRECTOR DE LA PATRIA

DON TOMÁS BLANCO NOMDEDEU

TOMO I

1927

IMPRESA RADIO
ANCHA DE SAN BERNARDO, 73
MADRID



120 pag. - 1/2

* DON TOMÁS DE ARCE HONORARIO

TOMO I

IMPRESIONADO

EN LA TIPOGRAFIA DE DON TOMÁS DE ARCE

MADRID

JULIO CEJADOR Y FRAUCA

Cintarazos

(ARTÍCULOS INÉDITOS)

CON UN ESTUDIO CRÍTICO DEL BATALLADOR
PERIODISTA, DIRECTOR DE LA PATRIA

DON TOMÁS BLANCO NOMDEDEU

TOMO I

1927

IMPRESA RADIO

ANCHA DE SAN BERNARDO, 75

MADRID



R. 86156

GUANO DE JACOB Y TORRES

Cinco tomos

Es propiedad y queda
hecho el depósito que
señala la ley.

EL AÑO 2000

Es hoy el día 25 de diciembre de 1925. Faltan setenta y cinco años para el año 2000. Para entonces habremos muerto cuantos pasamos de los veinte de edad, y aun de los quince, salvo excepcionalísimas excepciones. Yo soy literato y desearía saber qué se pensará el año 2000 de los literatos de ahora, del año 1925, de los literatos que ya pasamos de los treinta de edad y que están, por lo tanto, en plena madurez de ingenio. Algunos harán acaso todavía obras que los encumbren más. Para acercarnos lo más posible a la verdad de los hechos, hablaré comenzando de los más viejos, en los que caben menos sorpresas y es de creer no suban más de lo que hasta ahora han subido.

Francisco Rodríguez Marín es el literato de más valer entre los viejos. Mirándolo desde el año 2000, sólo queda de él lo que escribió: comentarios a nuestros clásicos, poesías, y poco más. Las poesías duermen el sueño de los justos, no por malas, ni siquiera por medianas, pues las hizo ex-

celentes, sino porque en este género sólo queda lo sobresaliente. Varias de ellas, sobresalientes fueron entre los de su época, aunque no gustadas por pasado de moda su estilo; empero, para que se lean en el año 2000, tenían que ser sobresalientes entre las poesías del siglo XX, que es lo que queda para el siglo XXI, y eso no para el público, sino para los entendidos que leen cosas del tiempo pasado. No estuvo a la altura de Campoamor, de Bécquer, de Rubén Darío, ni de otros que supongo vendrán tras ellos durante el siglo XXI: nada queda de su poesía. En la historia literaria quedan de Rodríguez Marín sendos estudios sobre Pedro de Espinosa y Barahona de Soto. Por ser autores aquéllos de segundo orden, en segundo orden quedarán las memorias de su comentador, esto es, entre eruditos.

Su comentario al «Quijote» será lo más conocido, siendo como para nosotros Clemencín, sólo conocido entre los cervantistas. Estilo castizo el de Rodríguez Marín, con algo de donaire andaluz, bien que sin llegar con mucho al de Varela, y bastante cargado, en cambio, de vanidad y aprecio de su propia persona, luciría si hubiera escrito obras de puro entretenimiento, de creación artís-

tica. Sonará, pues, como escritor que manejó bien el idioma castellano, como para nosotros los eruditos, Gallardo, aunque no le llegue ni en lo castizo ni en el vigor y nervio. Total, Rodríguez Marín es conocido el año 2000 como un comentador del «Quijote», como un Clemencín de mejor estilo o un Bowle de menor mérito, pues el verdadero Bowle del siglo XVIII le lleva la ventaja de ser el primero, y de quien todos los comentadores del «Quijote» tomamos a manos llenas.

Emilio Cotarelo también ha dado de sí lo que había de dar. Muy erudito, contribuyó a la historia literaria con monografías llenas de noticias, como uno de los jornaleros que arrimaron el hombro para levantar el edificio, como un Fernández Guerra, de menor cuantía, al servicio de Ramón de la Cruz e Iriarte, y como aportador de algunas noticias de los dramaturgos de segundo orden del siglo XVII. Como estilista no vale nada: es un cajón de sastre cada uno de sus eruditos libros.

Ramón Menéndez Pidal fué un erudito de quien nadie se acuerda el año 2000. Por si este escrito lee alguno antes de su muerte, y le extraña juicio tan desemejante del que hoy corre entre los eruditos y aun de

los periodistas que le ensalzan interesadamente, tendré que razonar esta su nombradía presente, que no pasará a la posteridad. Para el año 2000, el rebuscador de historia literaria y de la Lengua castellana, Menéndez Pidal, escribió una gramatiquilla histórica del castellano, que tuvo alguna aceptación entre los extranjeros por haber sido la primera que se publicó en España; pero oscuramente escrita y tomados los datos de Meyer Lubke: nadie se acuerda de tal epítome. Trabajó sobre la epopeya castellana, exagerando cierta opinión de Milá y Fontanals, que refutó Cejador en un tomo (el XLIX) de la «Revue Hispanique»; imprimió tres ediciones del «Cantar de Mio Cid», como sacadas del manuscrito original, pero diferentes las tres, y un estudio sobre el mismo Cantar, después de diez años de haber sido premiado por la Academia de la Lengua. El Diccionario y la Gramática de dicho estudio, obra de tantos años, es lo que queda de Menéndez Pidal, obra lingüística de verdadero valer en la filología castellana. También trabajó sobre las crónicas medioevales y publicó la general de Alfonso X, pero arreglada por discípulos suyos; mediana edición, que ya se habrá corregido por otro, pues conozco a quien

lo está haciendo y de quien sé que la tal edición de Menéndez Pidal es muy defectuosa. Pero Menéndez Pidal debe su fama pasajera a haberle ensalzado Menéndez Pelayo muchas veces como joven de quien esperaba mucho, a su tío o tíos los Pidales y a la Institución Libre de Enseñanza, donde le auparon o hizo porque le auparan, y en la cual vive ahora como un santón hermético y silencioso, rodeado de paniaguados y valedores, tantos como forman la secta de la Institución Libre de Enseñanza. Para el año 2000 no sé qué será de la tal secta. De todos modos, o como uno de los que en ella hicieron algún papel sobresaliente, si es que la secta sigue teniendo crédito para aquel entonces o como cosa enteramente olvidada, Menéndez Pidal será el autor de la Gramática y Diccionario del Cantar de Mio Cid, y nada más. Pasaron los honores, a los que le encumbró aquella secta, pasó la fama suya de erudito y no pasó la de escritor artístico y estilista, porque jamás pudo tenerla, ya que no teniendo fantasía ni corazón no sabía escribir ni tuvo estilo. Otros le aderezaron la forma de algunos de sus discursos escritos, que tampoco valía para improvisar, ni lo intentó jamás.

Hoy mismo, siempre que oigo a alguno repetir las alabanzas que sus paniaguados le prodigan, suelo preguntarle: «Ha leído usted algo de Menéndez Pidal?» Confíesame que no. Nadie le ha leído y todos le ensalzan. Experimento curioso éste, que muestra lo que puede una sociedad interesada de bombos mutuos, cual la de dicha Institución. Ella cogió las sobaqueras del que manejaba la Prensa de «El Sol» y «La Voz», la Papelera Española y la Casa Calpe, y con todos estos medios de propaganda formaron un monopolio y sociedad de bombos mutuos tal, que el que quedara fuera del grupo ya podía ser un Salomón, que nadie diría una palabra de él ni nadie sabría de él, a no ser por sus propias obras, entre los que la ley eran. Menéndez Pidal ha recogido a su sabor los frutos de todo este tinglado con sus manos lavadas. Pero para el año 2000 no quedará nada de ello, y Menéndez Pidal sólo será uno que escribió la «Gramática y Diccionario del Cantar de Mio Cid», de interés para los gramáticos medioevales y para los que necesiten un comentario de dicha obra. Algún que otro libro de farragosa erudición, almacenada por manos de sus discípulos, de varios libros extranjeros los más, quedará

de este autor, que será algo conocido por lo que Cejador le cita, refutándole al hablar del «Cantar de Mio Cid», de la lírica popular antigua y de la comedia «El condenado por desconfiado». Es muy de notar que habiendo yo trabajado toda mi vida en los mismos estudios de Lengua y Literatura castellana, y habiéndole citado siempre que me salía al paso, alabándole por su «Gramática y Diccionario del Cantar» y refutándole en todo lo demás, jamás me citó a mí en ninguno de sus escritos, como parece debiera haberlo hecho, siquiera para refutarme. Habló, cierto, en muchas partes, sobre todo por América, en ausencia mía, para desacreditarme y escribió en su «Revista de Filología» un prolijo artículo refutando mi doctrina sobre la epopeya en el tomo de la «Revue Hispanique», donde deshice la suya; pero no firmó el tal escrito, constándome fué de él por el mismo cajista que lo compuso. Ruego al curioso que desee enterarse de cómo procedía Menéndez Pidal conmigo lea el tal artículo, inserto en el tomo VIII, año 1921, de la «Revista de Filología Española».

Adolfo Bonilla y San Martín, desconocido el año 2000, fuera de algunos eruditos, aunque yo le di a conocer en mi «Historia

de la Lengua y Literatura castellana». Su estudio acerca de Vives y su incompleta y no acabada «Historia de la Filosofía española» son los trabajos que quedan.



LOS BOLCHEVIKIS LITERARIOS

También en la República de las letras ha entrado eso del bolchevikismo. Una hambre canina de nombradía les come vivos a ciertos individuos de la golfemia literaria: Son los bolchevikis literarios.

He nombrado a algunos en mis artículos; a otros diles motes más o menos descifrables. Porque yo doy oídos a toda persona discreta y no pocos discretos me han dicho: «¿Para qué hace caso de esa gentuza? Lo que pretenden es auparse con que ustedes hablen de ellos, lo que desean es que ustedes les den nombre, aunque sea para criticarles y ponerles en solfa. En solfa suenan más los nombres, corren más, se pegan más, y eso es lo que apetecen: la solfa puesta a sus nombres tiénela por marchamo de futura gloria y fama. No se acuerde usted de ellos más que de las nubes de antaño.»

Así me han aconsejado personas discretas y les he atendido. Pero estos bolchevikis son terribles. Se agarran a los reconocidos maestros como las garrapatas, y ¡qué diablos!, también los reconocidos maestros

sienten la picazón de las garrapatas y no basta decirles «No se las arranquen ustedes, esos bichejos no valen nada.»

¡Al diablo, digo yo, con las garrapatas! Cargue él con ellas o el discreto consejero que tal me diga.

Los bolchevikis literarios han formado un a modo de Sindicato de bombos mutuos y de mutua defensa. Se encaraman por los periódicos todos y revistas. Escasa voz la de cada uno, que no le oye ni la solapa de su americana; pero son tantos que con el pitido de cada uno, al juntarse tamaña muchedumbre, déjase ya oír un runruno de colmena bastante desagradable, pero que por lo mismo llama la atención de los lectores. El zumbido de los bolchevikis literarios pasa ya de castaño oscuro y frisa en el rojo cereza y llegará al rojo blanco, si no nos percatamos de ello y les dejamos pitar.

¡Fuera los bolchevikis literarios! ¡Fuera garrapatas!

Voy a nombrar a algunos. Astrana Marín. Ya le conocéis. Todavía seguirá creyendo que la grave, la inflexible Temis, tiene desenvainada sobre mi cabeza y sobre la cabeza de Quevedo la eterna sanción de sus irrefutables fallos. Siga creyéndolo el

fresco mozo. Dió su pitido en las mismas orejas del juez. Vió el juez que era un bolcheviki literario y volvióle la espalda.

El señor don Francisco Carbón. ¿Le conocéis? Alias Francisco Icaza: ¿tampoco? Pues no es mía la culpa; que él harto ha hecho por hacerse famoso. Si le dieran una perra chica por cada uno de los pasos que ha dado para que en periódicos y revistas hablasen de él desde Cavia hasta el Preste Juan de las Indias, no se vería el cuitado tan alcanzado de manises. Al candorosísimo señor Carbón le dejaremos por ahora, agarrado a los faldones de los académicos y de los institucionistas, todos muy amigos míos.

En la «Institución Libre (esto es horra) de Enseñanza» es donde tengo mis más delicados amigos y donde las garrapatas y la golfemia literaria suele acogerse a comer de lo que allí prodiga el mermado presupuesto del Estado.

Por allí zumba que se las pela un gran bolcheviki de la literatura. Por allí andan muchos que, con sus manos lavadas, quieren comer del Estado y de sus prodigalidades, y después de henchar la panza desean no menos henchar del humo de la fama sus cabezotas. Llámase el tal Américo Castro.

Los lectores no habrán oído tal nombre; pero él cree que el orbe terráqueo está lleno de él, porque el orbe terráqueo se hizo para que lo llenase el nombre del glorioso don Américo Castro.

Hay una Revista que paga el Estado español y corre por cuenta (paga y Revista) de los de la Institución, que se llama «Revista de Filología Española». Dirígela don Ramón Menéndez Pidal, en otro tiempo discípulo sumiso del más acérrimo adversario de la Institución, el maestro Menéndez y Pelayo; hoy el primer adalid de dicha Institución y adversario de la escuela literaria de Menéndez y Pelayo.

Pedíseco y «fidus Achates» de Menéndez Pidal es Américo Castro, que agarrado a los faldones de su levita ha logrado subir y medrar en la República de las letras hasta ser bastante buen traductor de algunos libros extranjeros y hay bien fundadas esperanzas de que algún día sabrá escribir una obra original de hasta noventa y pico de páginas, según auguran entusiasmados los que le quieren.

Américo Castro es un gran bolcheviki literario. Si no tiene costilla todavía para escribir libros propios, tiene por lo menos saber bastante para traducir libros ajenos.

Pero no es ese su mayor mérito. Como fino bolcheviki envidia las obras ajenas y no cualesquiera, sino las de los grandes maestros. Al más glorioso de los hispanófilos, al gran Foulché-Delbosc, a quien acaso deba más que a nadie la investigación literaria castellana, se le ha agarrado como garrapata pegajosa e inarrancable y con toda la pedantaría propia de los de la Institución y con el desparpajo y descoco que le da el ser privado de Menéndez Pidal y brillante cola de tan esplendoroso astro háse cebado y ensañado en deslices insignificantes del gran hispanófilo, de manera que quien no conozca al gran maestro francés y al pipiolo español creerá que el censor es inconmensurable maestro y el censurado cualquier principiante de por ahí.

El tufo de la Institución se le ha subido a las narices a este Botones de Menéndez Pidal. A un servidor de mis lectores, cuyos conocimientos filológicos serán tan modestos como soy el primero en reconocer, pero que son suficientemente conocidos, le apoda Américo Castro «gañán de la filología», y reventándole por todos sus poros su espíritu de altísimo consejero, dice: «Confiamos en que la empresa que dirige «Clásicos Castellanos» no admitirá en lo suce-

sivo ediciones que de tal modo desdoren la labor de cultura que viene realizando. Es muy de lamentar que obras fundamentales de la literatura española vengan siendo editadas en «Clásicos Castellanos» por este gañán de la filología.»

Los lectores que hayan leído mis ediciones del «Arcipreste de Hita», de la «Celestina» y del «Lazarillo» y la edición del «Buscón» de Américo Castro, juzgarán de esa sentencia condenatoria de mis ediciones.

No podemos inventariar otras hazañas de este bolcheviki literario por no dar más lugar un artículo y es lástima, porque son de las que pintan a maravilla un tipo extraordinario, en nuestro caso un extraordinario tipo de infatuado engallamiento y de pedantería por demás risueña y amena.



EL ATENEO

La grey poética anda de cabeza y más loca que un hato de cabras. ¿Os acordáis, cándidos y pacientes lectores, de aquella chusma de poetillas hueros que en la época modernista andaban dando pitadas con sus flautillas rubenianas, descerrajándonos los oídos con versos que no eran versos ni aun prosa mediana, engañando los ojos con renglones a modo de estrofas sin ritmo ni sentido común?

Fué un sainete para desternillar de risa, si no hubiera llevado consigo otra cosa peor, el menosprecio de las cosas españolas. Aquellos poetas modernistas abominaron de la poesía castellana, mofáronse de todos nuestros antiguos poetas, acocearon el arte español. Hacían sonetos con alejandrinos. Por nada de este mundo hubieran hecho un romance. El romance para ellos era cosa tabernaria, vil empleo de ciegos y de barberos. Tal llevaba la moda.

La moda era ridícula y de puro postín y tuvo que pasar más presto que una ráfaga de viento.

Podéis ir ahora al Ateneo los sábados por la tarde. Allí veréis a los mismos poetas aquellos, ayer modernistas, abominadores de la poesía española, despreciadores del romance, que con el mismo furor farandulésco de antaño ensalzan ahora la poesía castellana que ayer abominaron y ponen por las nubes el romance que despreciaron ayer.

¡O la farsa poética! Allí los mismos perros con diferentes cencerros.

En torno de contados escritores que entienden de estas cosas y de poetas que de veras lo son hánse arremolinado un tropel de gentes indocumentadas y de poetas chirles que suben a la tribuna, tienden el paño y ahuecan entrambos papos, puestos los ojos en blanco y alzados los brazos en son de maravillarse y de pasmarse con toda la sinceridad de sus almas de aquello que pocos años há despreciaron y pisotearon. El tabernario romance, propio de ciegos y barberos es ya una manifestación estética del arte nacional, colosal y castiza. Poetas, que todavía se honran con el título de modernistas, como Morenas de Tejada, así lo afirman. Así lo atestiguan eruditos tan renombrados en el orbe como Américo Castro.

¡O Castros, o Morenas, flor y nata de

la erudición y de la poesía contemporánea española, glorias de la patria, prez del valer de la raza! Vosotros lo afirmáis, vosotros lo atestiguáis.

A nosotros, sólo nos incumbe oír y creer, bajar la cabeza y exclamar humildemente: «Verdad debe de ser. Varones tan preclaros en poesía y erudición como los Castros y los Morenas lo proclaman. Repitamos con ellos acompañando con nuestras débiles voces su proclamación oficial y magistral: ¡O el romance! ¡O el romance castellano!»

Tal es la nueva farsa de los modernistas a la hora de ahora en la cátedra hasta poco ha tan honrosa y grave del Ateneo de Madrid.

No preguntéis si entre los disertantes del romancero hablarán los maestros de verdad. Allí no hablarán Bonilla San Martín, Rodríguez Marín, Blanca de los Ríos. El mismo Menéndez y Pelayo, si resucitase, no hablaría.

Y ¿cómo habían de hablar, puestos en docena con los que ayer despreciaban lo que alaban hoy? ¿Qué linaje de seriedad la de esa cátedra a donde se encaraman oradores del talle de Américo Castro, poetas del talle de Morenas de Tejada?

¿Quién ha convocado a los disertantes de ese pelaje? ¿Quién se ha olvidado de los maestros encanecidos en la historia literaria y ha acudido a gente indocumentada, ayer despreciadora de todo lo español y hoy tan despreciadora de ello como ayer de corazón, aunque lo ensalcen de dientes afuera?

¡Farandulería andante de la novísima cultura española!

—Pero usted vive en Babia (oigo que me dicen en voz baja y a la sordina). ¿No sabe usted que del Ateneo han desertado las personas graves y los literatos en masa? Dése una vuelta por allí y no verá más que corrillos de jóvenes que hablan de política menuda.

¿No sabía usted que el Ateneo ha caído en manos de la Institución libre de Enseñanza, que ahora politiqua por todas partes?

—¡Ah! No lo sabía.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

«Los grandes pecadores; los grandes desdichados.» Tal pudiera rotularse la abundante biblioteca novelesca con que el infatigable escritor Antonio de Hoyos y Vinent viene enriqueciendo desde 1903 la literatura castellana. Sagaz observador de esa sociedad modernísima, refinada en vicios, acanalladamente epicúrea, que apenas asoma todavía por España y arrastra sus lujos, sus insaciables ansias de lascivias extravagantes y sus mortales desengaños por las ciudades cosmopolitas, estudioso no menos de la burdelería y de los pozos negros donde se revuelca la hez social española, Hoyos y Vinent ha logrado pintar una galería de cuadros de lujuria y crueldad, vicios gemelos, fuentes de las demás pasiones humanas, y de sus naturales consecuencias, el dolor y la muerte, con recias pinceladas rojas, verdosas y amarillentas en fondo negro de pecina, de un vigor extraño, de un trágico que hace temblar, de una amargura que empapa las fibras todas del alma y ensimisma al más olvidadizo,

metiéndole, quieras que no, por las puertas del misterio de la vida, del misterio del alma, del misterio de la muerte.

Algo de místico zozobante e inquieto hay en este escritor y a la vez algo de novelador realista, recio y castizo, que nos hace al punto recordar al Greco, a Velázquez, a Goya y Zuloaga.

A pesar del cosmopolitismo y poco español de los personajes que comúnmente nos presenta, hay en ellos una reciura de hebra tan brava e indomeñable, que Hoyos les prestó sin duda graciosamente, sacándola de su propia alma española, porque es característica de nuestra raza. Es la misma que el gran Zuloaga llevó a sus cuadros.

Fuera del arte pictórico, en el mismo arte literario, con ser tan disparejas las sociedades que pintaron nuestros autores picarescos y la que pinta Antonio de Hoyos, a la misma escuela que ellos pertenece, y en particular, seméjase en lo expresivo y fuerte del brazo a Quevedo, por ser, como él, escritor satírico de sociedades igualmente decadentes.

Estas comparaciones nos dan resueltos mil problemas de estética y hasta de moral, que andan en las cabezas de muchas gentes al

juzgar la obra de Hoyos y Vinent y que no hay aquí lugar para que yo los ventile tan prolijamente como conviniera.

Lo primero con que nos salen por ahí, en tratándose de Hoyos, es que sus novelas son inmorales. Y yo me digo para mi solapa, ya que no es cosa de tender el paño en todas partes: Inmorales como las novelas picarescas españolas, como los escritos de Juan Ruiz y Fernando de Rojas.

Luego viene lo de feas, atroces, patibularias y no sé qué más. Y añado para mi colete: Como los lienzos de Goya y Zuloaga.

De Francisco Bayeu a Goya, con ser su cuñado, hay un abismo estético: el que va del arte clásico que busca «la belleza ideal», al arte realista tradicional español, que busca «lo característico», «lo típico» en la naturaleza, para condensar artísticamente la realidad.

Aquéllo hicieron nuestros imitadores renacentistas; ésto nuestros artistas de pura cepa española. Al buscar lo característico y no lo bello objetivo, saca el artista sus manos chorreando lodo y podre, porque eso hay en el fondo de los tristes humanos. Y si además el artista está forrado de crítico social, como Quevedo, Zuloaga y Hoyos, ese lodo y esa podre al rostro de la socie-

dad se lo han de lanzar, con toda su hediondez, no aromatizados ni sobrepintados mentirosamente.

Si las saben expresar con toda la fuerza del pincel o de la pluma esas horrruras servirán para hacer obras artísticas, bellas por consiguiente, pictóricas o literarias.

Y serán obras morales, a la par. ¿No han de serlo? No pretenden ensalzar todo eso feo ni con ello se regodean; que entonces no fueran artistas. Lo que hacen es ponerlo ante la justiciera conciencia de espectadores y lectores con el fin de que sus dictámenes inapelables lo condenen.

«El Arbol Genealógico» es una de sus mejores obras, acaso la mejor entre las largas. El asunto es el bastardeamiento de los antiguos linajes. Linajudo él mismo, preséntasenos como testigo bien informado. Verdad es que lo somos todos. El hecho no puede ser más verdadero.

El árbol no está solamente seco; está podrido. La aristocracia nueva es la del talento y la del trabajo. Cuando el talento y el trabajo han sido injertados en los troncos de añeja alcurnia, hemos visto revivir los linajes. Los no injertos son los que pinta Hoyos con verdad aterradora, con paleta cargada de los más fuertes colores.

No entiende él de medias tintas y no sabe mezclarlos si no es amontonándolos con terribles contrastes. A otros el describir ternezas de idilio, delicadezas de almas candorosas; sobresale él en la pintura de personajes tan monstruosos en lo físico como en lo moral, con las taras todas de la degeneración.

De las tres partes de la novela, es la primera la más floja, y lectores habrá que cerrarán el libro antes de llegar a lo bueno. Aconséjoles presten un poco de paciencia, porque las otras dos partes son acabadas obras de arte y las escenas finales de entrambas, de un trágico estupendo.

El final de la segunda, sobre todo, es de mano maestra, por el contraste profundamente humorístico de presentar al último de los Moncadas, vestido de chulo, acuchillado en huída cobarde por otro chulo, y llevado ya cadáver sobre los tridentes de enmascarados de diablos, por máscaras y mendigos, por la hez de la sociedad, él, lo más empingorotado de su linaje.

Hoyos es un trabajador digno de todo encomio: su labor literaria es grande. Pero a la cantidad vence la calidad. Sus novelas cortas son acaso mejores que las largas, que a veces cansan por el hacinamiento de

horrores. En las cortas es más fuerte, por único, el efecto intenso; por más que la crítica note algo de caricaturesco en lo extremadamente condensado. Ha ido ganando el escritor, por días, en propiedad y brío, en limpieza y soltura castiza de lenguaje. Cuatro pinceladas le bastan para plantar de cuerpo entero un personaje. El dialogado es más de maravillar por su naturalidad; si se tiene en cuenta que el autor ha debido adivinarlo, casi, ya que desde sus primeros años perdió enteramente el oído. Va ganando, no menos, en intención y transcendencia de pensamiento. Es hoy en España y fuera de ella uno de los mejores noveladores crítico-sociales y acaso el de más vigoroso pincel y hondo pensamiento de los novelistas españoles.



La crítica de libros en los periódicos

En el número del 19 de noviembre último de «A B C» publicó Cándido Ruimar un artículo titulado «¡Escritores, a defenderse!», donde se queja de que uno de los principales periódicos de Madrid (1) «ha suprimido los juicios críticos de las obras que se publican, aunque sus autores le envíen los ejemplares de ritual, según añeja costumbre.» «Las razones que han motivado esta medida son la falta de espacio y la de redactores que lean y critiquen las obras», según le dijeron en la Redacción. Y añade Ruimar que «los autores que deseen ver citados sus libros en las columnas de ese diario tendrán que entenderse con la Administración como cualquier otro linaje de anunciantes.»

Este hecho significa que para la Redacción de ese periódico la flor y nata de la cultura, cual es, sin duda, la producción literaria, no tiene importancia alguna para el público ni para España. Lo único impor-

(1) «El Debate», 8 de noviembre de 1916.

tante son las noticias y largos comentarios sobre la comedia política de unos cuantos señores que, apartados de la voluntad de los españoles, aburridos años há de esa farsa de compadres, juegan y se entretienen a echarse mutuamente del poder con descarado menosprecio de los intereses nacionales. Lo único importante son las noticias y largos comentarios sobre las corridas de toros, sobre los crímenes pasionales, sobre otras mil cosas que en vez de levantar el espíritu de los españoles a cosas grandes, repastan su curiosidad malsana, sus caprichos, su ruindad de pensar.

El «A B C», periódico serio, pone al pie del artículo de Ruimar una nota que merece duro comentario, porque en sustancia viene a ponerse de parte del periódico aludido por Ruimar. «La Dirección de «A B C» entiende que no es lícito pedir, a cambio de los ejemplares de un libro que se envía a una Redacción, la noticia que vale cinco o seis veces más que el importe del volumen.»

Tamaño criterio, verdaderamente mercantil, no era de suponer fuese el de la Dirección de «A B C». Según él, las noticias y críticas de la producción literaria deberían pagarse al coste de lo que ocupan las

columnas de «A B C»; en cambio, las noticias políticas y todas las noticias que no son de producción literaria valen muchísimo más para la Redacción, pues a ellas se consagra «A B C» sin que «A B C» reciba ni un céntimo por ellas. ¿No es la producción literaria un acontecimiento tan importante, al menos, como los demás que inserta «A B C» sin cobrar nada por ellos?

—No, señor. La producción literaria no es acontecimiento que importe a España; debe pagarse como los anuncios privados que sólo importan e interesan a los particulares.

«A B C» inserta un «Folletín» firmado por Jeanne de Coulomb. No creo que esta señora o el traductor pague su inserción al «A B C»; lo probable será que «A B C», en vez de cobrar, pague. Es que ese «Folletín» interesa muchísimo más a España que su progreso cultural, señalado por la producción literaria de los escritores españoles.

En el mismo número inserta «A B C» un «Acto de compañerismo», un banquete, y otras cosas de la Academia de Toledo. Curioso todo ello; pero no para que ocupe dos largas columnas, gratis, mientras hay que pagar a peso de línea la noticia de un li-

bro, que, por malo que sea, pesará más en el balance de la cultura española que no ese banquete toledano.

Columnas y columnas se emplean en contar, largo y tendido, los sucesos de baja y ruín política del día anterior; eso pesa har- to más en el balance de la cultura españo- la que no la producción literaria. Etcéte- ra, etcétera.

Añade la nota de «A B C» que «no quie- re esto decir que los periódicos deban su- primir la crítica bibliográfica. «A B C» tie- ne actualmente confiado este importante trabajo a la condesa de Pardo Bazán.»

Yo busco en números y números anterio- res de «A B C» esas críticas de la condesa y no los hallo. Busco en el número en que está el artículo de Ruimar la noticia del estreno del «Conde Alarcos», verdadero acontecimiento teatral, literario, artístico, y tampoco doy con ella. Si la hay será tan corta que no llega a mis ojos.

«En una palabra, añade «A B C», los pe- riódicos deben comprar los libros que, a su entender, merezcan un juicio crítico, y en- comendar esta labor a un escritor de auto- ridad.» Acertado, muy acertado. Así debiera hacerse.

«Esto es lo que en esta casa se practica.»

¡Ah! Pues no se conoce mucho, porque no se menudean gran cosa que digamos esas críticas. La condesa de Pardo Bazán escribe en «A B C» de higos a brevas. Pero la «casa de «A B C» compra los libros «que a su entender merecen juicio crítico.» ¿Al entender de la «casa» o de la señora condesa?

No es cosa de preguntar a «A B C» cuántos libros ha comprado para hacer esos juicios críticos; pero los juicios críticos no parecen y será más económico que no sigan comprando libros.

Leo diariamente «A B C» y sólo hallo anuncios de libros, mercantiles y cobrados; y anuncios de teatro, cobrados y mercantiles. La producción literaria no interesa al público; sólo interesa a los particulares, autores y libreros.

Y eso, señores directores de periódicos, convendréis en que es una cosa horrible, un criterio de mercachifles ignaros y del cual no participan los lectores cultos españoles.



LA CRÍTICA LITERARIA

Quisiera hablar de crítica, criticar la crítica. Pero, ante todo, ¿dónde está la crítica? No hay crítica en España. Los mismos críticos lo dicen y confiesan. Verdad es que, con todo y con eso, siguen escribiendo críticas y que si yo ahora les critico, se me revolverán como fieras.

De dónde saco yo que sí hay crítica, pero crítica mala; que sí hay críticos, pero vidriosos y que, si ellos mismos dicen que la crítica que hay es mala o que no hay crítica, por el mismo caso confiesan ser ellos críticos malos o nulos.

Y ninguno se me amostace, porque hasta ahora no he hecho otro más que repetir lo que ellos dicen. Y añadido que yo me meto en docena, que soy uno de ellos, que con ellos digo que la crítica es hoy tan rematada que puede decirse que no hay crítica. Soy yo tan mal crítico como ellos; y sin embargo, quisiera hablar de crítica, criticar la crítica.

Criticar a cualquiera, aun cargado de razón, es peligroso; criticar a los críticos es,

no ya peligroso, sino mortal; es caer en sus garras, es malquistarse con la gente más temible y endiablada.

Mas, si no se critica a la crítica cuando lo merece por ser mala, y ya hemos dicho que los mismos críticos confiesan que lo es, ¿para qué sirve la crítica? Acaso sea hoy mala, porque no se critica la crítica de los críticos que así pudiera corregirse y mejorarse.

Entendámonos. Hablo de la alta crítica, de la crítica serena y no apasionada, de la crítica que se funda en hondos y universales conocimientos literarios antiguos y modernos, de la crítica que anda adelante asentando bien un pie en el pasado y echando el otro hacia lo porvenir. Que eso es andar y andar bien. Hay quien sólo mira a lo de delante, a lo por venir y al echar así los dos pies adelante da de bruces. Hay quien sólo mira atrás y no adelantando se queda sentado. La mayoría de nuestros críticos son de la primera clase, se ríen de toda educación maciza y se mofan de la erudición. Los otros, los eruditos, escriben para los eruditos y para la polilla; digo, creen que escriben y sólo saben hacer papeletas. Los que tienen erudición y gusto a la vez son los únicos que escriben y son maestros

de la crítica. Pero éstos andan forasteros y están ausentes de la crítica moderna. En España no hacen crítica los maestros, sino los aprendices a maestros: no hay crítica magistral; sólo hay crítica de mancebos de barbería o de farmacia. Son muchos los repelones y mucha la ponzoña que anda por las críticas de revistas y periódicos. Se escriben desatinos y dislates de a folio y nadie sale a rebatirlos. El «reportaje» a la extranjera ha tomado el lugar de la crítica en los periódicos. El anuncio, el reclamo, la entrevista o «interviú», a todo eso llaman crítica.

En la interviú sobresale «El Caballero Audaz», que las hace amenas, variadas, ligeras y chispeantes. Es un género literario bonito, entretenido y que requiere ingenio y suelta pluma; pero no es crítica.

Las que llaman críticas de libros suelen ser anuncios y reclamos. En América hasta se los pagan a los críticos, y lo apruebo. No sé por qué el crítico haya de estar condenado a papar viento y a no comer de su trabajo, como Dios manda. Peor es lo que pasa acá en España, donde el criticado no paga, pero se amosca con el crítico si le dice la verdad, y si le alaba cree que se queda corto y no se lo agradece. Y ¿quién

no se queda corto para las desmesuradas ambiciones de los escritores? Es preferible echar por el atajo del panegírico y del bombo mútuo, porque de ordinario el criticado suele ser también crítico.

Mucha entereza y valentía son menester para romper con todos estos compromisos, y para mancebos de farmacia o barbería y aprendices, que viven del puesto en el periódico y no tienen independencia es caso heroico.

Poca ciencia y menor conciencia, menguada crítica pueden dar. Por eso, acaso, nadie hace de ella el menor caso y revistas y periódicos muéstranse cada día más reacios en admitir críticas ligeras o serias.

Las serias y magistrales pueden decirse que no tienen entrada en los periódicos por otra razón.



CARTAS MADRILEÑAS

Querido amigo N.

Buenos Aires.

Te hablaba en mi última de la burda y rala estofa de la oratoria hoy reinante. Pudiera haberte añadido que tan mala, y tan cara, sin embargo, como la de los paños que nos envían los catalanes. No te lo añadí, porque no era cosa de relatarte lo malo y caro que hoy está todo. Todo se falsifica y todo cuesta un ojo de la cara.

Me dirás que ahí pasa lo mismo, corregido y aumentado. Tendrás probablemente razón, y aún diré que los españoles nos quejamos de vicio. En lo que no hay vicio ninguno es en quejarme del bajón literario que padecemos. En esto no nos ganan ahora por ahí. Voy, con todo, a consolarme recordando y diciéndote que algunos articulistas de periódicos madrileños me llenan y contentan. ¿Que esa es literatura menuda? Bueno, pues figúrate cómo andaremos, cuando a ella tengo que acudir para contentarme.

Recuerdo ahora a dos articulistas de «A B C». Como si lo viera, que te haces cruces al verme alabar así a otro periódico que «La Tribuna» donde escribo. Pero yo soy así, alabo a las personas sin reparar el suelo que pisan; váyase por otros que, como sólo miran a los zancajos de los demás, luego topan con el suelo y por él juzgan de los que lo pisan. José María Salaverría es el uno, Hoyos y Vinent, el otro.

Salaverría está desconocido. Digo cuanto a ideas, que escribir siempre escribió bien, aunque ahora escribe mejor. Te enviaré algunos de sus artículos sobre cuestiones sociológicas y notarás la originalidad entre la chabacanería de otros que repiten tópicos manidos, y admirarás la alteza de pensamiento a donde se ha levantado estos últimos años. Bien es verdad que los del bando que dejó le ponen a bajar de un burro; pero él sigue adelante tan caballero como el que más sin pensar en apearse para darles su merecido.

Lo menos que dicen de él es que se ha hecho reaccionario furibundo y hasta católico. Tal suelen decir de todo el que no despotrica en ideas, confundiendo la desvergüenza con la valentía y la discredición madura con el desparpajo juvenil.

A Hoyos y Vinent le conoces como novelista; pero ahora nos ha resultado un articulista sociólogo de altos vuelos. También éste sofrenó sus excentricidades novelescas, se hizo castizo y más español en asuntos y manera y su sociología es de la cuerda de la de Salaverría.

Pronto saldrá quien también le tilde de católico y reaccionario. El mozo no se hará el sordo, que ya lo es más de lo que menester fuera; pero, si el caso llega, despulgará la zalea en medio del arroyo y a rascarse tocan.

Pero me dirás si todo es sociología ahora. Y crítico literario, ¿quién es en «A B C»?

Pues para que no todo sea en «A B C» de alabar, como no todo lo es en las cosas del mundo, has de saber que «A B C» dice serlo la Pardo Bazán y que la Redacción no admite libros para ser reseñados, por la razón (asómbrate y agáchate que sopla recio el regañón) de que valdrían más las columnas empleadas en la reseña de lo que valen los dos ejemplares del libro que suelen enviar los autores a la Redacción.

Y si esta salida mercantil te señala bastante a cómo se cotiza aquí la literatura y la cultura, pues de balde y aún dando las gracias se llenan columnas y colum-

nas con reseñas de toros y de otros acaecimientos algo menos culturales que la aparición de un libro, apunta con lápiz rojo lo que «A B C» se atrevió a añadir y es que la Redacción compra los libros que merecen criticarse y que esa crítica está encomendada a la condesa de Pardo Bazán.

La cual por casualidad escribe en «A B C» de higos a brevas y no creo que se fíe para decidir de si merece criticarse un libro o no de la opinión de la Redacción. Supongo, por lo demás, que el periódico no tendrá gran desfalco por la compra de esos libros criticables. La estantería a ellos destinada no es de temer se desplome con su pesadumbre.

De hecho el que quiere reseña de su obra, la adereza a su gusto y la paga a tanto la línea o la palabra, ni más ni menos que el que quiere hacer reclamo de sus berzas o coliflores.

Eso se hace por la cultura en España. La publicación de un libro, la más elevada manifestación cultural, no es acontecimiento que merezca lo que merece un acontecimiento de política rastrera o de tauromaquia coletuda.

Pensaba consolarme y consolarte de la tristeza de mi última carta y hétenos más

tristes y cabizcaídos. No dan más de sí los tiempos pacíficos de la postguerra.

Con que hasta que otra cosa más alegre me haga tomar la pluma.

Madrid, 7 de enero de 1920.



VERSOS

La romanza lírica no ha sido podada por la metralla bélica en esta España donde ahora arden sus furores incruentos y de nuevo cuño.

La política de campanario, las luchas de provincias, esto es, de vecinos de barrio, llenan periódicos y revistas, folletos y libros. Las Musas encogidas y pudorosas se retraen en ciudades provincianas.

De América sigue llegando la nunca interrumpida granizada de libros de versos que hinchen ya mis estantes. Aquí no hay interés ninguno por las cosas de ultramar y menos por los versos ultramarinos. Ni por los versos cismarinos tampoco. Mala época para los poetas. Véanse seis días en los escaparates de librería sus lindos tomitos; después desaparecen de allí. ¿Cuántos se han vendido?

—Dejó el autor dos ejemplares que ahí siguen.

—Un ejemplar de tres se ha vendido.

—Ninguno dejó, porque le dijimos que el público no quiere versos.

Y el triste poeta que soñó meses, años acaso, con los resplandores de la fama; que hasta creyó sacar de la venta para los gastos de impresión, quédase ¿desolado, desmuido?

Nada de eso. El poeta, con gesto hidalgo, ante los carneros, reconcéntrase un momento, saca nuevos bríos de su inagotable fuente de ideal, y se lanza en busca de nuevas aventuras, que tal vez sea la de los leones. Pero el león es aquí un público mazorril, que no entiende de hidalguías poéticas y al reclamo de libreros y críticos, al ver que se trata de versos, vuelve las espaldas al cuitado vate, le enseña sus traseras partes y con gran flema y remanso se vuelve a echar en la jaula.

Eso mismo hará con dos libros que tengo delante y con este artículo que habla de ellos.

¡Desdichados y a la vez bienaventurados poetas! Volved a vuestro recogimiento y soledad. Hoy no hay versos que valgan; hay otras políticas en que entender.

Y volveránse a sus lares a cobrar nuevos alientos y a buscar nuevas y extrañas aventuras. Mariano de Santiago Civildades a su terruño salmantino, a pensar en Gabriel y Galán, su maestro, a inspirarse en

su estilo, con sus «Leyendas y Postales» en la faltriquera.

En la librería de Fe habrá dejado ejemplares, por si algún otro hidalgo, amigo de los placeres de las Musas, desea entretener el hambre con sabrosos versos.

Las leyendas son en el libro lo mejor. Demasiado como por sobre ascuas pasa el poeta. No quiere cansar, aguija al castizo romance sobre el que las hace cabalgar, de andadura verdaderamente castellana, paso noble y garboso, de cortos arreos, pero elegantes y bien aliñados.

¡Ay qué diestramente endereza y modula éste dichoso romance castellano, llano al parecer y mañero, dificultosísimo, con todo, de tratar, cual ningún otro metro.

Santiago Cividades publicó poco há un «Epistolario de Gabriel y Galán», de quien es discípulo independiente en poesía, de quien fué discípulo y amigo en la escuela. El «Epistolario» lleva un pedazo del alma del gran poeta, del autor inmortal del «Cristu benditu», uno de los trozos épicolíricos más homéricos que conozco. ¡Cuán noble, sensible y grande parece en sus cartas familiares el inmenso vate!

Sus amigos y parientes guardan más cartas, como para tres o cuatro tomitos por el

estilo. Lástima no quieran darlas a luz y las dejen para solaz de los venideros, si no se traspapelan y descabalan entre los herederos de sus poseedores.

Manuel Fernández Gordillo es el otro poeta, hidalgo también en su pensar, que se volverá a su Sevilla saboreando mustio sus «Canciones de la Jornada», que acaba de publicar.

Su jornada de poeta habrá de ser ruda, a pesar de ser poeta verdadero y cabalmente por serlo. La soledad, el silencio, las alturas son sus consejeras:

«Desde laalzada cumbre del claro monte,
sobre la tierra madre de vida henchida,
mirando las bellezas de mi horizonte,
¡desde la alzada cumbre miro la vida!»

No parece sevillano el poeta, digo sevillano de abanico, de liviano castañetear y palillear al sol de Andalucía.

Tiene otro dejo melancólico que cae de sus rimas armoniosamente onduladas, hijo del silencio, poco sevillano, hijo de la poco sevillana soledad:

«En la quietud süave
de la noche dormida,
vive el silencio soñador y grave,

y una luz renacida
alumbra las grandezas de la vida.»

No es sólo el metro el que recuerda a Fray Luis de León; es el tono, el espíritu en parte, hasta el arrullo místico. Oíd:

«El santo amor florece
de las entrañas en el blando nido;
elevándose, crece;
y se escucha la voz del elegido
goce del alma que olvidó el sentido.»

¿Es imitación de Fray Luis o de San Juan de la Cruz? Si lo es, no lo es, tan personal y propia brota la canción toda titulada «La sosegada paz».

Pero no es única. «En el blando silencio de la noche» es soneto del mismo tono místico:

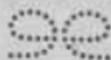
«Las flores de los cielos temblorosas
brillan en la región alta y serena
y el apacible rumorcillo suena
de las limpias fontanas melodiosas.»

¿Verdad que es místico, sonoro, apacible, aceitoso de unción?

Modestos poetas provincianos, no estáis solos; hay quien sigue vuestros cantos embebecido y gustosamente arrobado.

No dejéis de cantar. La trápala politiquera que nos ensordece no llega al fondo del alma adonde calan vuestras trovas haciendo en ella apacible mansión. Hay otros hidalgos silenciosos y retirados que os escuchan.

Seguid cantando en vuestro ejido.



EL CUADRO DE CHICHARRO

«Las tentaciones de Buda» se han llevado el primer premio, los críticos alaban el cuadro y tratan de desentrañar las razones de su mérito. Los que no somos pintores ni críticos de arte oímos con un casto silencio esas alabanzas y disertaciones y, si no nos satisfacen los comentarios críticos ni el cuadro, tenemos que callarnos, porque se nos echarían encima y nos comerían vivos. No tenemos derecho a juzgar. El público no debe juzgar, sino gustar y gozar de la obra artística. Y en el caso de que no guste ni goce de ella, cállese. La obra artística se hizo para los artistas, no para el público.

No; la obra artística es para toda persona culta. Bien; pues muchas personas cultas no han sabido cómo se goza mirando a ese cuadro. Los más se callan porque no les tengan por incultos.

Pongamos a un lado a los amigos del pintor Chicharro. Pongamos a otro las alabanzas que, yo el primero, hagamos de su maestría técnica. Es un excelente pintor que sabe su oficio. Pero no se trata de eso,

sino del valer artístico del cuadro. ¿Cómo apreciarlo? ¿Por su técnica? Muchos cuadros perfectísimos técnicamente tienen poco de artísticos, porque no dicen nada más, sino que la técnica con que se pintaron era acabada. Fuera de esto, aquellos cuadros están mudos, no dicen nada, no dicen lo que los pintores pretendieron decir con ellos.

Chicharro quiso decirnos con su cuadro que Buda padeció tentaciones de la carne. Lo acabo yo de decir no menos que él sin arte alguno. ¿Qué es decirlo con arte? En el arte literario, describiendo las tentaciones, como han descrito algunos las tentaciones de San Antonio, esto es, con tal viveza que vibren nuestros nervios al unísono con el santo cuando fué tentado, que sintamos en nosotros mismos algo, por lo menos, de lo que el santo anacoreta sintió. Si el escritor no logra esto, por mucha técnica literaria que emplee, la obra no será artística, porque nos dejará fríos, porque no nos dirá nada. El arte expresa, dice, habla, y habla al sentimiento; no sólo a la mente, a la inteligencia. Hablar a la mente es decir sencillamente: «San Antonio fué tentado».

Con técnica y sin ella puede decirse esto mismo por manera seca, en frío. El arte

con más o menos técnica dice esto de otra manera, hablando al alma, a la imaginación, a la sensibilidad de suerte que se sienta. Esa es la manera de decir del arte, sea literario, sea pictórico. Convendrán en ello los críticos y si no, no tenemos por qué pasar adelante. Y de esto sí que puede juzgar el público y a veces con más libertad y seguridad que los artistas mismos, por cuanto se ven libres de la consideración de la técnica que ellos no pueden menos de tener presente.

Vamos a la exposición. ¿Cuántos han sentido así las tentaciones de Buda? Yo diré de mí que no he sentido nada. No era menester que Buda fuese un virtuoso varón para que aquellas apsaras o mujeres desnudas tentasen en balde su sensualidad. Las mujeres que allí pintó Chicharro no mueven a sensualidad a nadie y menos a un varón virtuoso, a un santo varón. El cuadro no hace, pues, el efecto que pretendió o, por lo menos, debió pretender el artista que lo pintó. El público es en esto el juez, para él se pintó el cuadro. Hay cuadros que producen horror, otros compasión, otros lascivia. Las mujeres del cuadro de Chicharro debieran mover a lascivia y a este movimiento debería sobreponerse otro:

el de la entereza de la figura de Buda que se sobrepone a tal tentación. Eso es lo que el cuadro debiera decir, ese es su objeto y lo que encierra su título.

Hay un cuadro de Solana, pintura de un puerto de Bretaña, en que parece se huele a puerto sucio, a moradas de marineros, en que se masca el olor a sardinas en banasta o cosa así, a brea vieja, a toneles de pescado. El color general es como el de esas grandes sardinas gallegas, doradas, verdosas y negras que vienen en cubos. Parece que las casas están pintadas de ese color y que ese color tiene el aire que allí se masca, pesado y negruzco. Solana no alcanza, ni con mucho, la técnica de Chicharro, es junto a él un principiante. Y sin embargo, su cuadro dice lo que el pintor quiso que dijera y lo dice reciamente hasta al más tosco de los mirones. Es que aquí, si no hay técnica consumada, que se logra con los años, hay arte espontáneo, fuerza pictórica, inspiración natural que con el artista se nace y que no puede darla toda la técnica del mundo.

Yo creo que el Jurado de tales exposiciones no debería dar su fallo antes de atender lo que el público juzgaba de los cuadros, no el público técnico, los pintores y

críticos, sino el público lego que dice lo que siente y cuya voz general de ordinario no marra.

Alaban algunos la composición del cuadro. Es, según alguno, una transcripción pictórica de las figuras escultóricas indianas, no sólo cuanto a las figuras, sino cuanto a la composición, con el Buda en medio y las demás figuras agrupadas en tres fajas.

Si es copia, libre cuanto se quiera, del arte indiano antiguo, había que ver cuál era el valor de aquel arte. Si se trata de mostrar un arte exótico, aún mejorándolo, queda en segundo término el fin principal del arte y del cuadro, el de expresar reciamente las tentaciones de Buda de modo que hieran el alma, que se sientan de veras. La fuerza habrá podido ponerse en dar fielmente la sensación de un arte exótico; pero por eso mismo habrá quedado muy poca para dar la sensación de las tentaciones. No son ellas lo que dice el cuadro y debiera decir, sino que lo que dice es cómo expresaban los indios por medio de la pintura y de la escultura. Y eso es obra de pura técnica, que será acaso la que han premiado en el cuadro de Chicharro. La cara de Buda ya dice algo, bastante; pero las hem-

bras aquéllas parecen de pura ornamentación oriental con retorcimientos orientales (?), pero que no mueven a nada, diríanse culebras humanas o hembras que imitan a las culebras.

¿Que así están allí en la India? Bien. Aca-so eso les mueva a los indios y entonces diremos que es verdadero arte indiano. ¿Pero están de manera que nos muevan a nosotros, que sea arte español? Porque para nosotros se pintó el cuadro y no para los indios. Y no se pintó para darnos idea del arte indiano, sino para expresar las tentaciones de Buda de suerte que las sintiéramos artísticamente.

Repito que el cuadro no me hace sentir-las a mí ni a otros muchos. Y ahora que vengan y nos coman vivos o nos digan que no entendemos palabra de arte. Lo que importa es que nos prueben que viendo el cuadro se sienten con fuerza las tentaciones de Buda.

29 junio de 1922.

LEYENDO A UNAMUNO

«Andanzas y visiones españolas», 1922, es el libro, «refritos», que dicen en la jerga periodística, artículos publicados años ha en diarios americanos, los más. Tales colecciones desmerecen por falta de unidad; no son libros orgánicos, y a lo más, tienen la unidad del asunto, como éste del escritor bilbaíno. Pero tienen la ventaja de carecer del relleno que ofrecen a veces los libros bien organizados, y de llevar más sustancia, por lo mismo que suele ponerse como condensada en cada artículo, cuando son de excelentes escritores.

En la segunda línea del primer artículo me topo ya con una falta de gramática. No es que vaya a hacer yo crítica de hormiga; pero es grandemente significativo hallar faltas de gramática en la segunda línea de un artículo, ya que por ser los artículos obras cortas es más fácil evitar tales deslices. Y hallarlas en hombre que tanto escribe como Unamuno, y que además hace profesión de filólogo y es catedrático de Griego, y en la famosa Universidad de Sa-

lamanca, parece algo bochornoso. En Francia tales defectos se consideran como de falta de cultura, y un escritor que en ellos caiga es tenido por poco culto; ¿por qué en España no paramos mientes en ello, y hasta, por el contrario, no faltarán quienes me echen en cara el que me detenga en tales minucias? Dice Unamuno: «En la Granja de Moreruela resisten acabar de caer las espléndidas ruinas del primer monasterio de Cistercienses de España.» La frase «resistir acabar» es un barbarismo o solecismo, o lo que ustedes quieran; pero es falta garrafal, que muestra poco estudio ni curiosidad, y eso que Unamuno lo ha mostrado siempre tener en materia de lenguaje. Poco después dice: «Y añorando yo tiempos que se cumplieron.» La frase «cumplirse tiempos» es también poco curiosa e inexpresiva. «Me dije por dentro», en castellano se dice «dije para mí», «para mi capote», «para mi colete», «entre mí», o sencillamente: «me dije». Otra frase descuidada: «No sabe adónde corre a ir a dar de queda.» «Corre a ir a dar» es feo, y más en poesía, y «a dar de queda» no es castellano, por lo cual no sé si habrá quien la descifre. «Pasear la cumbre de la alta seranía de los astros a busca en ella de di-

vinos rastros.» «Serranía de los astros» es metáfora desaforada, enigmática, y que, en lugar de aclarar y de engrandecer, oscurece y amengua. «Pasear a busca de» es solecismo y falta de castellano, más que de marca. «Pues que le buscas, es que El te busca y le encontraste.» Encontrar es, en castellano, dar con lo que no se buscaba. Aquí los dos se buscaban; luego no pueden encontrarse. Unamuno debía de estar al cabo de tales incorrecciones de lenguaje que comete el vulgo de los periodistas y literatos. «En aquel siglo XIII, oliente a San Francisco.» Oliente lleva aquí la preposición «a», como si fuera participio, y bien sabe Unamuno que los adjetivos en «ente» perdieron tiempo ha su valor latino participial. «Le buscan y le encuentran»; en castellano, «le buscan y le hallan».

Si todo el libro fuese como este artículo, que parece hecho para taracear en él varios trozos de poesías no muy poéticas, el libro de Unamuno no valdría nada. Nada se dice de la «Granja» del título, que lo mismo puede ser de Moreruela que de Panticosa, y lo mismo granja, que viña, convento o puente.

Vamos al segundo, que comienza con este duro y feo enredijo: «Un en un tiempo fa-

moso profesor de Filosofía.» «He trepado el montón de piedras que.» «Tregar a», se dice en castellano. «Del anfiteatro que ciñe a la laguna.» El Sr. Unamuno no distingue el término directo de cosa del de persona, es decir, cuándo el verbo transitivo lleva la preposición «a» y cuándo no. En castellano se dice: «que ciñe la laguna».

No es un caso suelto; es confusión ordinaria en Unamuno. Cuando yo comenzaba a escribir sin haber estudiado gramática, recuerdo que me asaltaba no pocas veces la duda de si había que poner «a» o no. Diríase que a Unamuno ni siquiera le ocurre duda semejante, propia de los que comienzan a escribir, después de haberse pasado escribiendo años y años. Lo cual no impide el que yo tenga a Unamuno por gran escritor, por uno de los mejores escritores de nuestro tiempo, porque éstas son pecata minuta. Pero también son cosas que en todas partes y en todos tiempos se han tenido por propias de escritores incultos, porque arguyen incultura gramatical, la primera que se exige a todo escritor, como que es la técnica material, el a b c del arte de escribir. ¿Y qué decir si el escritor profesa por cargo, oficio y glorián-

dose de ello, ser filólogo, como Unamuno se gloria de serlo en este mismo libro, y que en sus viajes se lleva «su Lucano» en latín y que, además, es catedrático de Griego? ¿No es vergonzoso que Unamuno no distinga el acusativo de cosa del acusativo de persona en castellano?

Los escritores incultos que hormigean por ahí suelen confundirlos; pero no saben latín ni griego, y por incultos escritores son por todos tenidos. Unamuno tiene sobrada obligación de tener la cultura gramatical que en Francia, por ejemplo, se exige a todo escritor, y que sólo en España descuidamos, por descuidarse en el bachillerato los fundamentos más primordiales de la cultura.

«Hace años ya, en un estudio que me dedicó C. O. Bunge, decía que flaqueo en el sentimiento del «decorum». Y así es, me carga eso que los antiguos romanos llamaban «decorum». Y el «decorum» no debiera cargarle al Sr. Unamuno, porque es el pudor y la vergüenza en los escritores, es el sentido de la conveniencia, del respeto que el escritor debe al público y que se debe a sí mismo, y eso no debe cargarle al escritor. Y si le carga, no debe el público pasar por ello y se lo debe echar

en cara diciéndole que eso se llama desvergüenza en castellano, descoco pedantesco, cerrilidad rústica y salvaje e incultura reprobable en todo escritor y más en un catedrático de Griego de Salamanca. No son, pues, minucias de crítico corto de vista, sino grave y justa acusación que se le debe decir para que el vulgo de los escritores no canonicen su abandono y su incultura, abroquelándose con el ejemplo de tan autorizado escritor. Ese abandono, esa desatención y descuido se ha echado cien veces en cara a los españoles comparándolos con los europeos, y con sobrada razón, y acaso entre los que tal han dicho se halle Unamuno. Aprenda, pues, Unamuno que en castellano el acusativo de persona es el que lleva la preposición «a»; pero que no la lleva el acusativo de cosa, y no eche a genialidad suya el confundir los acusativos, sino confiese gallardamente que no los ha sabido distinguir hasta ahora, con todas sus ínfulas de catedrático de Griego de la Universidad de Salamanca.

¿Qué dijera fray Luis de León, que confiesa su mucho cuidado en pesar cada palabra y cada letra al escribir? Y ¿quién duda de que también las pesa Unamuno? Sino

que le falta cultura gramatical, a pesar de ser catedrático de Gramática griega. Ya que tan a menudo nos habla Unamuno de «la ramplonería», ¿no puede tildarse de escritor ramplón al escritor que tan descuidadamente escribe?

A Unamuno, escritor merecedor de toda alabanza, cabalmente por la recia, sinceridad y desparpajo con que escribe, había que hablarle así, recia y sinceramente y hasta con la dureza y desparpajo que él suele. En cambio, hay que decirle que los artículos «De vuelta de la cumbre» y «El silencio de la cima», escritos en 1911, están tan frescos y jugosos como el día que se escribieron. Otro tanto puede decirse de todo el libro de Unamuno. Son artículos viejos, pero tan nuevos como si los acabara de escribir. Porque repito que están frescos, jugosos como el primer día y no se han mareado como los papeles y libros al pasar dos veces el mar, ya que los más se escribieron para América y de América han vuelto. Ello se debe a que Unamuno escribe con gran sinceridad lo que siente, y lo así escrito siempre está vivo. Desabrocha Unamuno su pecho y deja caer en el papel los sentimientos que llenan su alma con toda naturalidad. Y esos sentimientos son los

que en ella brotaron en aquellos días; otros días le traerán otros sentimientos, acaso contrarios. Es alma ingenua la de Unamuno, alma de poeta que sabe sentir al vaivén de los acaecimientos. Dos franceses muy amantes de España le acompañan a las Hurdes, y el sentir de esos franceses, favorable a España, le templea el alma de tan fuerte optimismo, que hasta las Hurdes se le antojan algo de hermoso, nada menos que «el honor de España», como uno de ellos le dijo. En cambio, habla en Palencia con Julio Senador Gómez, y lee sus libros «Castilla en escombros», etc., y no halla más que escombros en Palencia y en Aguilar de Campoo, y lo ve todo negro. Honda impresión hace en él cuanto oye, como si fuera un niño chiquito, y esa impresión, venida de fuera, baña de frescura cuanto ve como si fuera suave brisa de mayo, o le entolda el cielo con nubes borrascosas, y aborrascado lo ve todo. Diríase agorero romano, a quien disponen el alma las aves que cruzan, esto es, lo que oye o lee. En Mallorca las aves fueron buenas: D. Juan Sureda y todos los mallorquinos le regalaron y acariciaron como a niño mimoso, y todo lo vió de color de irisante nácar, de zafiro alumbrado por refulgente sol.

Oberman le habla del silencio de las cimas, y escribe Unamuno un artículo: «El silencio de la cima», muy de Oberman y muy de Unamuno a la vez. «Besando con sus rayos a la roca.» Esto no lo dice Oberman, porque sólo Unamuno, entre los grandes escritores, ignora que en esta frase sobra la «a». «Con una punzante preocupación de origen familiar.» ¿Por qué Unamuno, que rebusca palabras populares de tan rico aroma, no dijo aquí «pena, duelo, cuita, cuidado, angustia, dolor, sentimiento, herida, llaga», u otra de las cien palabras castellanas que hubiera empleado cualquier escritor cuidadoso y esmerado? Porque así, «preocupación», dicen los escritores chirles y ramplones y los habladores de café madrileño. De ahí «este hablar o escribir, que es lo mismo, continuo y precipitado, al correr de la pluma, sin filtrar mis palabras, dejando que salgan todas, así las más limpias como las más turbias.» Tal confiesa Unamuno pocas líneas después, no a propósito de la «preocupación», sino de su manera de escribir. Y eso no está medianamente bien, Sr. Unamuno. Eso no está sino muy mal en usted: piense y convendrá en ello. Porque usted no debe escribir a destajo «pro pane lucrando»,

como los borrajeadores de periódicos. «Recogerse a busca de...» Otra vez el «a busca de», feo solecismo, indigno de quien tan bonitas cosas nos dice en este artículo.



POR LA INSTRUCCIÓN NACIONAL

I

Es para descorazonar al más optimista y apasionado por el engrandecimiento de España oír las cuatro voces sueltas que suenan de cuando en cuando pidiendo instrucción, entre el zumbido sordo, que nos quiebra la cabeza y levanta arcadas, de graves moscones que acuden a la sucia carnaza de las Cámaras, de verdosos avisperos que se enraciman por las escalinatas de los Ministerios, de ruines mosquitillos que trompetillean en las sociedades de «sport» y de glaucos e intensos poetillas que cortejan a esa amarillenta y ojerosa sílfide del modernismo con pitidos y gansadas, rebuznos y graznidos de eco desapacible y páñfilo. Todo este enjambre de cojijos se rebulle y arremolina murmujeando en deleitoso coro que «esto anda muy mal, rematadamente mal»; pero no se dan, con todo eso, manos a engullir del presupuesto y de la olla podrida caciquil tasajos como

el puño, de corretear y triscar a la inglesa y de gorgoritear melenudamente.

Trabajar, trabajamos, y afanar nos afanamos más que las Danaides. Sube el rímero de infolios legislativos hasta reventar por todas las ventanas y resquicios de los Ministerios. Consejos, Asociaciones y Juntas oficiales para la reforma y buen régimen de los que no queremos goberarnos ni ser gobernados, se están creando a millaradas, y dentro de poco todos los españoles nos daremos por ahí una pavonada alardeando de nuestra competencia y ostentando las credenciales de vocales o presidentes de tres o cuatro docenas por barba. Cambó y los demás solidarios catalanes van a correr la ribera por toda la Península, enseñándonos a no ser ranas, y presto se reunirán en cada villorrio tantas solidaridades que no se dé manos el Presidente del Consejo a prometer carteras a sus adalides, y aun diz que no le quedarán hijas con quien casarlos.

Pero, ¡ay!, que el contagio del chiste es terrible, y yo que había comenzado, henchido el corazón de amargura, a tratar en cosas tan graves y esporádicas por estas tierras, como la instrucción, me hallo metido sin sentir hasta la coronilla en esta

charca en que andan zambullidos, haciendo coá coá, los políticos de quienes me quería querellar. A bien que esto de cultivar el chiste es otro de los trabajos que nos traen acá más atareados que a las hijas de Dánao.

Volviendo, pues, a lo serio y triste, reconozcamos que aquí se trata de todo: de politiqueos de baja estofa y de tanta trascendencia como las chismografías que se traen las tías del barrio, de deportes de alta vida o «high life» y de modernismos de mediano gusto. En lo que no nos ocupamos, de lo que no se nos da una arveja, es de la instrucción nacional, la única que puede barrer de España los moscones, las avispas y los mosquitos, y hacer que se levanten en ella lo que nos hace muchísima falta: hombres.

Pueblos jóvenes y pueblos viejos. No que acaben de nacer o lleven larga historia. La biología social no es un círculo cerrado; es parábola que sube y baja, cuya proyección no queda limitada entre la cuna y el sepulcro. Un pueblo es algo moral, que moralmente sube, moralmente baja, puede tornar a subir o enjambra nuevos pueblos expuestos a idénticos altibajos. Alientos juveniles que des-

piertan un nuevo ideal son los que rejuvenecen a los pueblos; desfallecimiento, flaqueza y desaliento sin impulsos a renovarse postran a las razas seniles y revejidas. España parece un pueblo que anhela remozarse, pues echa de menos lo que en otros más afortunados admira. Pero es achaque acá harto viejo, y hay quien cree que irremediable y de casta, el que las clases gobernadoras sean tutores que alargan la niñez del pupilo para merendarse su herencia, o pedagogos tan descaminados que piensan avisadamente en fabricarle una fuerte y bruñida coraza, para cuando de mayor pudiera ofrecérsele ir a la guerra de Troya, y se olvidan de aderezarle la papilla que le saque de la entequez y encanijamiento con que el cuitadillo se cría. ¡ Nación cercada y amurallada de acorazados, de la cual, mientras se construyen, van escurriéndose ahilados los rostros y arrasando sus andrajos a tierras extrañas sus hambrientos hijos! Otros sueñan con darle industria, comercio, dinero, mucho dinero, robusta corpulencia, músculos de bronce, piernas voladoras, sin infundirle un soplo de vida, dejando se le apague el último aliento. Escuadras y armamentos, fábricas y almacenes sin instrucción ni edu-

cación, sables y pistolas son en manos de liviano mozalbete, cuerpo sin alma, es decir, ser que no puede ser.

Razas superiores y razas inferiores. No faltan Colajannis que no ven en tal teoría más que una bufada de orgullo, poco culto, que atufa las mulleras de ciertos sociólogos nacidos en las naciones hoy dominadoras. Por cierto que en nuestros clásicos, en la época en que dominaban los orgullosos españoles, no se halla la menor frase despectiva para las otras naciones, sino más bien todo lo contrario. Va en cultura y cortesía. Los pueblos que hoy se hierguen arriba desde hace un siglo, se arrastraron por abajo todos los siglos que pasaron. Las naciones mediterráneas, sobre cuyas ruinas se alzaron, trajeron a Europa y mantuvieron sobre sus hombros la civilización por largas edades. No hay razas superiores ni inferiores; lo que hay es olas que se levantan y olas que se sumen en un mismo mar de la humanidad; cultura que pasa de acá para allá en alas del trabajo, de la educación, de la instrucción, del ideal, que se robustecen hoy en un pueblo y se menoscaban mañana. Cuanto más van acumulando los siglos elementos de cultura y grandeza, tanto más alta subirá la ola en los pueblos que

señorean a los demás en cada momento histórico. La grandeza romana tenía que sobrepujar a la del imperio de Alejandro, porque se cimentó sobre ella; la de la monarquía española a la romana; la del señorío de la Gran Bretaña a la española; la del imperio alemán sobrepujará a la de Inglaterra; la de América a la de Europa. Pero si cada cultura se colorea distintamente de las demás por sus móviles e ideales, el alma que la informa y alienta, la ley del progreso evolutivo habrá de resentirse no poco si junto al móvil económico del imperio inglés ponemos el de la Cristiandad de la monarquía española; si junto al ideal de hierro de Roma ponemos el ideal artístico de Grecia. Esa alma sí que se nace en las entrañas de cada raza. Cada cual será grande cuando sus propias energías se desenvuelvan; pero las energías son de distinto jaez en esta raza y en la otra, porque otra es el alma, otro el ideal. Alma e ideal de Grecia fué Apolo; Marte, de Roma; Cristo, de España; Mercurio, de Inglaterra; Minerva, de Alemania.

Y la ciencia, alma de la grandeza germánica, lo será de cualquiera otra grandeza futura que acá, de tejas abajo, le suceda. Los ideales de la humanidad se han con-

densado en la ciencia, última y definitiva orientación del pensamiento. En la senda del progreso, desde el rudimentario plasma de la ameba, que ofrece la primera fase del organismo en sus movimientos de conservación del individuo y de la especie, primer aspecto del egoísmo y del altruísmo que se reparten el señorío de la vida, hasta el hombre, que presenta la más elevada evolución en su cerebro, cuyo producto es el pensamiento, el ideal ha ido creciendo y subiendo, extendiéndose, apurándose y espiritualizándose por grados insensibles. La ciencia es y será la reina del universo, de las armas y de la fuerza, del trabajo y de la riqueza, del arte y de las concepciones religiosas puramente humanas. Porque el acero se enmohece, los conquistadores se deshacen en polvo, los imperios se derrumban, los libros se apolillan, las estatuas se destroncan, las leyes se gastan, las montañas se desmoronan, el horno que en el centro de la tierra alimenta los volcanes se apaga, los océanos se hinchen de concreciones madreporicas y sus aguas van a llenar otros huecos, hundiendo los continentes; al hormigueo humano abléntalo cada generación, cual liviana arista en la era, el viento de la muerte: todo fenece, todo pa-

sa. Sólo el pensamiento humano (débil destello en la cabeza de los trogloditas), sin amancillarse ni empañarse al cruzar por los millones de cerebros que fueron cayendo en la huesa, sin menoscabarse, sin sufrir del roce de los siglos, ha ido engrosando y adelgazándose a la vez, ensanchándose y macizándose al mismo tiempo, agigantándose hasta formar el inmenso y apurado cúmulo de conocimientos, que llamamos la ciencia, la cual sojuzga y avasalla a la materia, la amasa y transforma a su talante, aherroja las fuerzas físicas y las hace servir al hombre, señorea las doctrinas, juzga en último tribunal, y, cual levantado faro, alumbrá la civilización, abriéndole nuevos caminos cada día, descubriéndole nuevos y más dilatados horizontes. Es la fuente de todas las energías materiales y morales, la reina del universo.

Cuantos anhelos de renovación se despertaren en España, despiertos dormirán, como desvanecidos sueños, mientras no se enderecen a hacer brotar en esta tierra estéril hoy en día, en este secadal agostado, la pasión por el saber. Somos holgazanes y aborrecedores del trabajo, y, por el consiguiente, pobres e impotentes, despreciados y despreciables, no por ser de raza

latina, que no lo somos, ni por ser de raza berberisca, que lo somos menos, ni por dejar de ser de raza sajona, que nada tiene de envidiable, ni por ser europeos, alpinos o mediterráneos, sino porque somos ignorantes que menospreciamos la ciencia, y, sin la ciencia, el trabajo ni rinde ni se luce. Por más que sude y se desvele un batanero, de los que aun quedan por España, no logrará sacar de su negro batán más que un mugriento mendrugo para ir arrastrando su mezquina existencia. Caso de risa fuera que pretendiera llevar su tosca arpillera a una Exposición de hilados de Manchester. La ciencia es la que mejora la máquina, la que construye los acorazados, la que perfecciona la agricultura. Sin ella no pueden menos de desmayar las esperanzas del que trabaja, porque los brazos se caen cansados, mientras la ciencia los hace de acero; el aliento necesita reposo, mientras que la ciencia pone en la máquina el aliento incansable del vapor y la fuerza del rayo. Sin la ciencia el mismo trabajo, la misma riqueza que nos regalara otro nuevo Potosí, las mismas escuadras que nos trajeran, como a niños en día de Reyes, a nuestros puertos, nos servirían lo que una rica herencia en ma-

nos de un derrochador o de un necio.

En España el trabajo agrícola e industrial está por los suelos, porque es poco remunerador, y lo es porque faltando en casa la ciencia, nos falta la maquinaria barata y los medios de beneficiar la tierra y de perfeccionar los productos de manera que compitan con los extranjeros. El trabajo intelectual es todavía más penoso en este páramo de las ideas, donde cae como la lluvia en el Sahara. Pero es aun más infructuoso porque para muchos estudios la meta se reduce a una cátedra con un sueldo de 3.000 pesetas nominales y un descuento efectivo del 14 por 100. Y dichoso aquel que la logra, ya que la ciencia, aquí menospreciada, no puede competir con la intriga y el compadrazgo, ni vale ante Tribunales, donde a veces hay no pocos incapaces de aquilatar el verdadero mérito ni se paran a comprobar lo que no entienden. Conozco yo, y conocen mis lectores, a una persona de nombradía, cuyas obras publicadas y largos años de estudios le valieron tan poco, que a punto y muy a riesgo estuvo de no obtener una mezquina Cátedra de Instituto. Los hechos repetidos en una sola persona, tan conocida como competente por el público, prueban más que suficiente-

mente lo recompensado que anda por España el trabajo intelectual. Una de las obras que publicó, y fué elogiada por toda la Prensa y por los más eminentes maestros, no mereció siquiera del informante de la Academia Española la sencilla aprobación que allí merecen libros de menos valer. Todos conocen la partida que se consigna en el presupuesto de Instrucción Pública para tomar, con destino a las bibliotecas oficiales, algunos ejemplares de las obras de mérito que por la índole del asunto tienen exigua salida. El estudioso que se quema las cejas años y años para publicar un libro de esta índole, suele llegar tarde, porque hay quien hasta imprime y se las arregla para tomarle la delantera antes de que la partida se haya agotado. El informe desaprobatorio que en la Academia se dió al libro citado, impidió fuese tomado por el Gobierno. En cambio otra obra, de no menor resonancia del mismo conocido escritor, de la cual, entre otras Repúblicas americanas, la República de Méjico tomó 60 ejemplares para los establecimientos docentes, llegó tarde a nuestro Ministerio de Instrucción Pública, que sólo se hizo cargo de 11 ejemplares. Feo parece hablar de sí mismo, pero la verdad

y el a propósito embellecen todas las fealdades. La persona a quien he aludido es un servidor de ustedes; la obra desechada por la Academia es «El Lenguaje»; la de los 11 ejemplares «La Lengua de Cervantes».

Somos, además, los españoles un pueblo ingobernable y sin virtudes cívicas y políticas, porque nos hace falta instrucción, y su principal fruto, la educación. Somos muy malcriados, no tenemos carácter ni confianza en nosotros mismos. Desconfiados, por lo mismo, y zafios como gañanes para con los demás, nos encerramos y aconchamos dentro del más mezquino egoísmo, y sólo sacamos la cabeza para mirar con envidia a todo el que sobresale y alargamos los brazos para tirar de él y echarle a tierra, pretendiendo que nadie se rebulla y que a todos nos lo dé todo hecho y regalado el Estado. Un pueblo de tan escasa cultura es como el niño, con todos sus vicios y mezquindades. Las sociedades son como los individuos, las que se hallan en la infancia ofrecen todas las cualidades de los niños. Sin personalidad propia ni carácter bien diferenciado por no haberse desarrollado el pensamiento, todo lo espera el niño de los demás; impotente de por sí,

todo lo teme; sólo lleva de su cosecha la envidia, la contumacia del ignorante y el derecho de pataleo. Así todo se nos vuelve quejarnos de los Gobiernos, porque quisiéramos que nos lo dieran todo hecho. El menor cacique nos avasalla, porque, no pudiendo nada por nosotros mismos, vivimos a merced de lo que se nos dé a modo de limosna. Nuestra medra la fiamos no del trabajo y valer propios, sino del tener buenos faldones a donde agarrarnos, de los padrinos, de las recomendaciones y del vil servilismo. Y los que pueden y gobiernan, subieron y se mantienen arriba, valiéndose de esta misma impotencia y encanallamiento de los de abajo, por manera que forman un verdadero compadrazgo. Así, por este camino, viene a acaecer que cada pueblo tiene el gobierno que se merece, y que no son los de arriba los que tienen la culpa, sino los de abajo, que los hacemos conforme a nuestra imagen y semejanza. .

El pueblo español no es ingobernable de suyo, lo es nuestra mala crianza, que hace de España un pueblo en estado de verdadera niñez. Cerramos nuestras industrias por buscar el oro en América, y nos quedamos sin el oro, que por la posta pasó a Flandes y a Francia, y sin hábitos de tra-

bajo, hechos todos unos hidalgos haraganes, ignorantes y sin blanca. Encarnó aquí, como en ninguna parte, el absolutismo, primero en el trono, luego en oligarquías centralizadoras, y reducidas a simples ruedas de la máquina central todos los organismos políticos locales, perdimos hasta la más rudimentaria noción de las virtudes políticas.

Hay que recomenzar nuestra educación como de niños, hasta hacernos hombres por medio de una verdadera instrucción, la única que forma la personalidad, robustece el carácter, hace al individuo independiente y señor del ambiente físico y moral en que vive, sin necesitar de nadie, antes sobrado para dar a los demás. De esta manera, el egoísmo, que lo era todo en el niño y en la sociedad niña, se convierte en altruísmo, fuente de todas las grandes empresas, porque la dependencia se convierte en independendencia, la pobreza y escasez en riqueza y generosidad, la impotencia en valer.

La buena crianza es flor que brota de la instrucción. La escuela, inmediatamente, no da educación, la cual se adquiere en casa, en la vida de familia, y fuera de ella, en la vida social y trato de gentes; pero la

moralidad pública, el ideal de justicia y de respeto para con los demás, no se hallan más que en una sociedad instruída y culta. La educación nace, pues, en último término en la escuela.

Algo más dificultoso parece el decidir si se ha de dar la preferencia a la extensión o a la intensión del saber, quiero decir, si a la cultura de un pueblo hace más al caso la disminución del analfabetismo o el que haya en él un nivel elevado de saber en los maestros, en un corto número de sabios. Se habla mucho de lo primero; pero tal vez por lo segundo esté la ventaja. Supongamos que todo el pueblo sabe leer y escribir, que es a lo que se puede aspirar en la cultura extensiva; y aun, si se quiere, que la clase media tenga una mediana instrucción en ciencias físicas y morales, matemáticas e históricas. Si se echan de menos sabios eminentes, por pocos que sean, la cultura de ese pueblo no pasará de una medianía; las ciencias, las artes, el ideal social quedarán estancados. Denme dos o tres inteligencias de primer orden en cada linaje de estudios. Solos ellos se bastarán a llevar adelante los grandes descubrimientos científicos que alimentarán la grande industria y levanta-

rán la agricultura. Su ideal moral y social no podrá menos de alumbrar en torno de ellos y de penetrar hasta la masa inferior del pueblo. En derredor suyo se agruparán discípulos que les imitarán, les acompañarán muy de cerca, quizá llegarán a aventajarles. No habrán transcurrido tres generaciones cuando el número de sabios se haya más que tresdoblado, y con ellos adelantará el ideal, la industria, el bienestar, la misma cultura del pueblo. ¿No lo estamos viendo en Italia, donde el analfabetismo, la ignorancia y la criminalidad sobrepujan a la de España? ¿De qué sirve una medianía general de cultura, si no va arrimada al hondo saber de algunas inteligencias directoras? De llenar a las gentes de presunción y osadía, de exponerlas a merced de todos los vientos que corran. La erudición a la violeta hincha la vanidad, entiesta la testarudez ignorante, no crea nuevas virtudes y mata las propias de la inocente ignorancia. No hay ente más ridículo que un falso sabio, que un sabio a medias. A bien que un pueblo leído sin sabios verdaderos es una quimera; pero no es menos quimera y engaño creer que sin sabios va a desaparecer el analfabetismo, o que por el sólo hecho de

amenguarlo va a levantarse una nación.

Si, pues, más vale un sabio que tres millones de gentes que sepan leer y escribir para el engrandecimiento cultural de una nación, todo nuestro empeño debiera enderezarse a alentar los buenos ingenios, a desembarazarles el camino, a apoyarles en todo y por todo. Encender la afición del saber en los que forman parte del magisterio de Universidades e Institutos, allanarles la vida, darles toda suerte de facilidades, estimularles por todos los medios : tal debiera ser la atención principal del Ministerio de Instrucción pública. ¡Cuán lejos estamos de imitar en esto a la sabia Alemania! Lo más grande en Alemania y el principio de toda su grandeza está en ese ejército de profesores, que son generalmente los que llevan sobre sus hombros la ciencia moderna. Mientras estén en pie esas columnas, todo allí irá adelante, la instrucción y la educación no podrán venir a menos, la industria, el comercio, la agricultura irán subrepujando a las de todos los pueblos. Las Universidades alemanas, planteles de sabios, son las fraguas donde se fabricó la grandeza del Imperio, las fuentes de donde manan cada día mayores y mayores energías.



POR LA INSTRUCCIÓN NACIONAL

II

Enseñar y no enseñar bien es no enseñar. Mucho se oye hablar de métodos modernos de enseñanza y educación; doctrinas pedagógicas todavía en mantillas; principios psicológicos aun no bien asentados, estadísticas de ensayos, libros de toda broza traen trastornados a los maestros, que, aburridos y despechados, acaban por volver a lo que ellos vieron en las escuelas donde anduvieron de muchachos. Ninguno de esos peregrinos sistemas en particular voy a traer yo a colación; voy a ceñirme a los principios, de donde toman su valer los sistemas todos.

Sí, hay método antiguo y hay método moderno. Siendo reflejo de la ciencia, el método moderno de enseñanza responde al método científico en los pueblos más adelantados; en España, donde la mezquina ciencia que nos queda sigue por el carril antiguo, el método de enseñanza es a la antigua española. Ciencia y enseñanza volviéronse de

arriba abajo con la aparición del «*Novum organum*», de Bacon; en España seguimos dando al manubrio, al organillo de antaño, y tocando la gallegada. Si la abeja chupa el polen de las flores y de él labra su miel, que podemos llamar flores azucaradas, la abeja es el sabio moderno. El sabio a la antigua semeja a la araña, cuya tela no podemos llamar moscas ahiladas, porque se las asimila, y la telaraña es una pura secreción que nada tiene que ver con ellas. El sabio moderno corre el mundo recogiendo hechos y los entrega a la ciencia tal como los tomó, no poniendo de su cosecha mas que el orden sistemático con que los coloca en ese museo y la inducción de las leyes que saltan a la vista del simple cotejo y apareamiento. El sabio a la antigua no abandona su gabinete: lo poco que vió u oyó, y Dios sabe si era cegato o sordo como una tapia, son sus primeras materias; pero de un grano de anís, a fuerza de cavilar, deducir, silogizar, sacará de su cabeza todo un mundo metafísico, que él cree bonitamente ser un claro espejo de la realidad objetiva, cuando sólo es una secreción cerebral de fulano de tal. Por eso las doctrinas antiguas llevan inseparablemente consigo, como rótulo indispensable de fábrica,

el nombre de su autor. Como pocos son los que tengan costilla para sacar de su propia cabeza tan robusto parto, la mayor parte de los autores antiguos forman rebaños en torno de los sabios originales: tales son las escuelas. Todo el escolasticismo, que vivió siglos y siglos, y aun vive cayéndose a pedazos, está formado por una falanje innumerable de escritores, que es la grey escolástica de San Agustín. Santo Tomás no es más que el alférez que enarbola la enseña. Ese ejército lleva sus capitanes, el Doctor sutil, el Doctor irrefragable, el dulcísimo, el melífluo, el Caraculiambro, el del arremangado brazo, el de la Trapabonna, el Braudibarbaran de Boliche, etc., etc. De ellos hubo quienes abrieron alguna que otra vez los ojos para ponerlos en la realidad; de ordinario y los más se pasaron los años ensimismados, puestos los ojos en el ombligo, rumiando lo que San Agustín dijo, lo que Santo Tomás dejó de decir; concertando los dichos de unos y otros, barajando palabras y pareceres, y aun colgándose los a éste y arrebatándose los al otro. Basta ser de tal Orden religiosa, de una u otra manada, para acertar, sin preguntárselo, las doctrinas que cada cual ve con toda evidencia. No hay argumento sutil o romo,

chato o agudo que no haya ocurrido a algún jefe o a algún cabo de escuadra, y que no lo hayan arrimado para apuntalar la opinión de ésta o de aquella escuela.

Reunir todas las proposiciones con sus defensores y opugnadores, las escuelas y doctrinas en un solo libro fuera donosa tarea, faena inmensa, espejo maravilloso del cavilar de muchas generaciones de hombres, fuera tejer la tela de araña intrincada y enmarañada de la escolástica.

No ha faltado quien haya emprendido tan descomunal empresa. El P. Urráburu, jesuita español, después de enseñar veinte años en la Gregoriana de Roma, vuelto a España publicó, hace unos años, no sé cuántos gruesos volúmenes, de tamaño tal, que un agudo compañero de su Orden, varón de gran valer y arrinconado por consiguiente, los apellidó «cerdos filosóficos». En ellos hallará el curioso pasto a manta, aunque la ciencia de la realidad allí encerrada bien pudiera caber en un dedal. Por manera que el que entre tan lardosa doctrina busque saber objetivo de las cosas, verá que donde pensara hallar tocinos apenas hay estacas donde colgarlos.

Conforme a esta ciencia de desembuche corría la enseñanza, y aun corre, por malos

de nuestros pecados, en España. No hablemos de las Ordenes religiosas ni de los Seminarios, donde no se aprende más que a enlardar con esa filosófica enjundia las doctrinas del Evangelio, hasta el punto que las desconocerían los mismos Evangelistas. Los «clipeos fidei» con que arman a los jóvenes levitas son de ese tan blanducho y grasiento acero. ¿Qué extraño no entiendan un libro moderno, cuando después les cae en las manos, y no calen ni las dificultades y objeciones de los enemigos de Cristo? Dura es la verdad, pero penetrante por lo mismo, y que llega al alma. En esa palestra teológico-filosófica en que se entretienen los que se adiestran para defender la divina religión de Jesús, las graves y honradas cuestiones de la ciencia moderna, que el sectario presenta como objeciones religiosas, se tratan de la manera más ridícula. Pónense como objeciones que soltar las doctrinas de los grandes sabios modernos en fórmulas que no reflejan el pensamiento de su autor (cuyos libros no se leen), y dispuestas por tal maña que se dirían soldaditos de plomo, que basta menear la mesa para echarlos a todos abajo. Con esto, el triunfo es seguro, siguiéndose la consabida sarta de calificativos groseros a los pensa-

dores más eminentes. Así derrotan jóvenes pipiolos a los grandes maestros del saber, y salen de sus estudios henchidos de arrogancia, aforrados de aquella intransigencia cuyos efectos deploramos en las cuestiones político-religiosas de nuestro tiempo.

Pero pasemos a los demás centros de enseñanza. Las materias son otras; el método el mismo. Quieras que no, hay que embutir en los alumnos las doctrinas que el Profesor ha puesto en su texto o lleva en su profesoral mollera. El ideal sería que los alumnos estuvieran con los ojos cerrados, porque todo les ha de entrar por el oído. La realidad poco hace al caso: según se haya coloreado en el cerebro del profesor, así ha de pasar entera a las cabezas juveniles. Es ciencia también de fulano de tal, filosofía aristotélica, o kantiana o krausista, historia universal o de España, tal como la concibe el catedrático, admirador o aborrecedor de Felipe II, monárquico, republicano o carlista. El embutido es, por consiguiente, de una fábrica monárquica, carlista, republicana, krausista o aristotélica; sabe a pimienta que hace saltar las lágrimas o es más sosa que agua de cerrajas. Yo conozco innumerables bachilleres que saben declinar y conjugar en latín, pe-

ro no son capaces de entender una frase ni una palabra del más llano autor latino. No son menos los que, si les ofrecéis una flor cualquiera, no os sabrán decir cuáles son los estambres, cuáles los pistilos; confundirán un mineral de hierro con otro de cobre; y si no confunden el aire con el agua, una ave con un pez, un perro con un gato, será porque lo aprendieron en casa. Y es que en casa aprendieron cosas; en clase aprenden palabras. No son menester costosos museos para los Institutos; bastaba que el profesor llevase al campo a sus alumnos o se diese una vuelta por la ciudad explicándoles las cosas que ven. El naturalista se pasea por la vega o por la sierra rodeado de infinidad de seres que le hablan y le acompañan, porque entiende su lenguaje y los conoce; nuestros alumnos de ciencias, si salen al campo, se hallan solos, no han conocido la naturaleza.

Más son todavía los bachilleres que os sabrán deducir el binomio de Newton o exponer el teorema de Pitágoras; pero que si les encarga su padre un cálculo sencillo de comercio, una división, tendrán que ir a consultar la tabla de dividir, y aun con ella en la mano pudiera suceder que no lo sacaran adelante. Ni se ejercitaron en la Universi-

dad en estas prácticas, ni en el Instituto, ni en la escuela; ni siquiera se les declaró la teoría de la división o del sistema métrico, por manera que no sabiendo la razón de las cosas, se les fué de la memoria la rutina, si es que rutina tuvieron algún día.

Este método de enseñanza embutida formó nuestro profesorado, lo emplean nuestros profesores y lo canoniza la ley española. Serán cinco o diez o veinte los catedráticos que enseñan a la moderna; pero por los que yo conozco afirmo que la generalidad siguen el método antiguo. El que crea que exagero, no tiene más que abrir los libros de texto de sus hijos. La ley lo canoniza por su parte. Exigir que al comenzar el curso cada profesor presente su programa, dividido en lecciones y preguntas, ¿qué otra cosa es sino decir a los muchachos: Apegad a cada pregunta su correspondiente respuesta de cuatro líneas y aprendéoslas de memoria. El que responda de un tirón a todas las preguntas de la lección que le cupiere en suerte, saldrá aprobado. Venga un *Guía del Bachiller*, o venga el texto: subrayo las respuestas correspondientes, y a empollármelas. Muchos libros de texto llevan al final un compendio que llena mara-

villosamente este menester : en quince hojas está todo lo que pide el programa. Y lo triste es que no pocos profesores ese compendio es lo que exigen, y los alumnos no leen el texto principal. ¿Que para qué sirve éste, todo un tomo? Es bien sabido. Sólo el Compendio, impreso aparte, valdría una peseta ; hay que engrosar el tomo para que pueda venderse por ocho, doce o veinte.

En un examen de ingreso : Lea ese trozo literario. ¿Qué es un «lugar»? ¿Qué es «no quiero»? ¿Qué es «acordarme»? —Nombre, verbo. —Váyase con Dios : «Aprobado».

En el examen del Castellano, un año después : ¿Qué es «un lugar»? ¿Qué es «no quiero»? ¿Qué es «acordarme»? —Nombre, verbo. —Váyase con Dios : «Aprobado».

En el examen de literatura, dos años o tres más tarde : ¿Qué es «un lugar»? ¿Qué es «no quiero»? ¿Qué es «acordarme»? —Nombre, verbo. —Váyase con Dios : «Aprobado».

En el examen de Literatura, en la Universidad, tres o cinco años después : ¿Qué es «un lugar»? ¿Qué es «no quiero»? ¿Qué es «acordarme»? —Nombre, verbo. —Váyase con Dios. «Aprobado».

Y el «Licenciado en Letras» acaba la ca-

rrera sabiendo de Castellano y de Literatura castellana que «un lugar» es nombre, que «no quiero» y «acordarme» son verbos. Mú-dese el trozo literario, que aquí vino a ser siempre el mismo, y lo que pareciera una broma es una realidad. En historia se pregunta quién fué César, Alejandro Magno o Napoleón; en la historia de la Literaturá quién fué Cervantes y qué es el «Quijote»; en latín se manda declinar rosa rosae, o conjugar el presente amo, amas. Otras veces el tribunal es muy duro: pide se conteste a todas las preguntas de la lección. Y sabido de carretilla todo el programa, el alumno de Instituto o de Universidad se sabe con sobresaliente su programa de latín, pero no entiende una frase de latín a libro abierto; se sabe su programa de historia, pero no sabe historia, etc., etc.

Tal es el método memorista, de encasquetarse un programa; tal es el método que aun rige en España. Salvas raras excepciones, los profesores, los discípulos, los padres de familia saben que así es en general y en hecho de verdad. El vilipendiado krausismo trajo una cosa nueva, por ser lo único que de enseñanza vino de fuera: el enseñar, no tal o cual filosofía, sino el enseñar a filosofar. Y ese es el método moderno, enseñar

a hacerse cargo de los fenómenos del mundo, abrir los ojos a los alumnos, hacer que ellos lean, no en los libros, sino en las cosas, en los hechos, en la vida, y que discutiendo por sí vayan formando juicio propio.

El sabio moderno no es un doctor : es un discípulo que aprende de la naturaleza. No hila en sus adentros sobre el cañamazo de cuatro conceptos, deduciendo de ellos teorías más o menos ingeniosas, con las cuales viste él en sus ojos a la realidad, sino que abre cien ojos y cien oídos, trabaja continuamente por que no se les pegue a las intuiciones que recibe de fuera la costra de subjetivismo y de antropomorfismo que la mente tiende a segregar y a embadurnar con ella cuanto percibe. No quiere unificar ni simplificar lo que en la naturaleza es múltiple y vario, sino a más no poder, cuando la misma variedad de los fenómenos proclaman todos a una la ley unificadora que los gobierna, imponiéndola a la inteligencia.

El maestro a la moderna sigue el mismo derrotero. Es guía que señala al alumno las cosas y le endereza y encamina por los senderos de la inducción y de lo real. El alumno es el que ha de ir recogiendo las flores de las cosas, y no las palabras y las doc-

trinas hechas y empapeladas con el menbrete del que las pensó; él mismo es el que ha de hacer brotar la ciencia dentro de sí, y se ha de acostumbrar a no admitir doctrina alguna sin apurarla por sí mismo. El profesor no enseña doctrinas; ha de enseñar al discípulo a que él se las fabrique de por sí. No es sabio el que almacenó de prestado lo de otro, sino el que se lo fué a sembrar al campo y por su mano lo segó, lo agavilló, lo ensiló. Lo ajeno y prestado ni encaja bien ni se aprecia en lo que vale; lo nacido en uno, lo personal, lo alcanzado por el propio trabajo es lo que a cada uno ajusta, lo que le sabe bien y le aprovecha, y *saber* es gustar, tomar sabor, serle sabroso, no tragar, ni engullir, ni embutir sin paladear. Así se crían sabios y no papagayos; pensadores y no recitadores de coro; hombres de juicio y no memoriones; personas independientes y amantes del trabajo y no mulas de reata, que en todo van a la rastra y suspiran por la holganza; en una palabra, hombres y no niños.

LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA

La emprendió el conde de Romanones la primera vez que entró en el Ministerio de Instrucción Pública; por segunda vez se ha metido con ella, bajando, según creen algunos, del de Gobernación o de otros cargos más lucidos. Bendito bajón el del Conde y albricias para esa ciudadela mohosa y estantía de la Enseñanza española, detrás de cuyos mugrientos adarves holgazanea la sabiduría oficial. Sea por muchos quinquenios, que no pocos serán menester para batirla y entrarla. La otra vez asestó contra ella algunos pedreros, culebrinas, bombardas y trabucos; no había pertrechos más modernos en nuestros parques. Ahora ya han rodado ante sus barbacanas algunas piezas del siglo XIX; es de esperar que, como en Melilla, lleguen detrás los Schneider, que, sin acercarse ni ser vistos, cuelen en la plaza una granizada tal que diezme la guarnición. Porque hay que hablar claro. El caserío y las murallas con fusiles de chispa se caen por sí solas en oyendo la estampida: los locales

de Escuelas e Institutos buenos están, pero para levantarlos de nueva planta. Mas si con andar tan desplomados y viejos todavía se resisten tan fieramente en ellos los Profesores, ¿qué sucederá si se les refuerzan las murallas y se les labran torreones y se les abren fosos? El enemigo de la Enseñanza española no es el calicanto; son los que andan dentro: decrépitos que se caen a pedazos y mozalbetes currutacos. Los unos ya abrieron demasiados libros para hacer antaño las oposiciones, y es recia cosa seguir abriéndolos cuando ya se desojaron deshojándolos; y aunque los abrieran y tuvieran ojos en la frente, tiempo ha que cerraron de mollera. Los otros bravean con haber oído en Alemania un par de meses al doctor Mazacotstil, o en Rusia al doctor Barbaricol, media docena de lecciones; barbullan el germánico, y hinchidas o hinchadas todas las células de la chola, ya no admiten ni una idea más ni pueden barajar las que en ellas se escarapelan para inventar nada nuevo de su propio caletre. Por manera que con estas dos cámaras de senadores petrificados y diputados pisaverdistas, todos por supuesto bien encasillados, las elecciones son una pamema, y la grita y buenos deseos de los cuatro espa-

ñoles que protestan y desean se barra todo ello, ciudadela y defensores, y antes los defensores que las ciudadelas, son cuatro voces que se lleva el viento. Los ministros de Instrucción Pública que han ido pasando por el Palacio de Atocha no han tenido vagar ni aun para oír una palabra de lo que se cabildeaba en aquella grillera. Hoy, a las cuatro voces de afuera, se ha añadido la del Conde, y ya son cinco, una de ellas de Ministro, que se vale por las cuatro y por las de los cuatro mil grillos que allá dentro zumban y zanganean en torno de la piqueta donde trabajan los Habilitados, que así podemos llamar a las industriosas abejas. El Conde pregunta si asestará a los desvenecijados muros de Escuelas, Institutos y Universidades. Y una de las cuatro voces, que es la mía: Nada de muros ni paredes. Al aire libre enseñaron Platon y Aristóteles, y al aire libre pide se enseñe hoy la Pedagogía moderna. Ríase usted de los Profesores que se lamentan de no tener palacios para la enseñanza, tanto como de los que no saben enseñar porque llevaron la toga a la zurcidora para que le echasen un remiendo.

Hasta hay que sonreírse de los que achacan el no poder hacer nada a la falta de material científico. El material científico

es el universo. Tome a sus discípulos, déles un paseo por la calle y explíqueles cuatro baratijas de los escaparates que toparen al paso, o por el campo y deshójeles media docena de flores y hierbajos, o méталos en el herrador o en la carpintería y enséñeles las herramientas y las operaciones, o paren al tío que aguja su yunta y pídanle que les enseñe a hablar castellano viejo y rancio, que lo sabe mejor que las Gramáticas y Crestomatias. Esos son los locales, y ese el material de enseñanza. Los que desean tener todo esto muy cumplido, acaece que se les enroñan los costosos aparatos de puro no usarlos y se les vuelven y enrancian los frascos en el estante de puro verlos con los ojos los visitantes extraños que pasan por las salas del magnífico gabinete o bien surtido laboratorio.

El rico aparato teatral de hoy y elpreciado vestuario de ciertas compañías han llevado a desatender el alma dramática, que bullía señoreando los corrales cuando el ajuar se ceñía a cuatro mantas y tres barbas. Cuando haya Profesores que sepan distinguir lo principal de lo secundario y sin lloriquear por trastos y paredes tengan hambre sólo de aprender y de enseñar, se les podrá de añadidura costear lo secunda-

rio, que sabrán usarlo y manejarlo aprovechadamente; pero antes lo que hace falta es echar fuera de la plaza a los ganapanes, y poner en su lugar gente que trabaje. Bueno está eso para estos tiempos y para los españoles de estos y de los que pasaron. Con candil habrá que buscarlos, y no bastarán candilazos para ahuyentar el enjambre de apadrinados y vividores zánganos, y la nube todavía más densa y pegajosa de apadrinadores.

Candil y candilazo limpio, esos son los Schneider que ha de traer el Ministro de Instrucción Pública. Aperos son esos, por extremo rústicos y bajunos, que no querrán empuñar con sus manos enguantadas muchos Ministros. Por fortuna el Conde tiene manos para todo y oídos para ninguno, y cien ojos para que no se la peguen. La reforma de la Enseñanza ha de hacerse de raíz, y la raíz es el Profesorado, porque el Profesor es el que chupa por sí de la tierra, no de los libros, los jugos que han de subir por el tronco hasta las ramas, hojas y frutas. Dejar podrida la raíz y andarse por las ramas es volatinear por lo alto a peligro de que, vencido del peso, quiebre el árbol por su base, se venga abajo el Ministro que allá arriba andaba moneando

y se haga las narices. Como se las han hecho la mayor parte de los Ministros que se encaramaron por este Ministerio, o mejor digamos que los encaramaron como a gente imberbe para que se ensayasen para otros menesteres más gloriosos. El Conde ya hemos visto que ni se ha encaramado, ni menos ha necesitado que le encaramase otro; antes él se ha abajado de más encumbradas alturas, porque si otros lo que pretendían era subir, él lo que pretende es bajar a la raíz de la nación española, la cual no está allá arriba, donde tienen puestos los ojos los políticos de postín, sino acá abajo en la Enseñanza y en su raíz, el Profesorado. Agua para la agricultura, franquicia aduanera para la industria y comercio, y Profesorado nuevo y hambriento de saber, son las tres cosas que han de levantar a España. Pero la raíz es la tercera y no hay cosa más clara. Mucha agricultura entre gentes incultas es sueño de pensadores cerriles, porque la intensidad, no la extensión, es lo que hace la agricultura rica y próspera, y esa intensidad es hija del saber. Industria y comercio sin esa agricultura intensa son peras sin peral y aun sin olmo, al cual bien se le pueden pedir, aunque no las dé, y aun dadas, no quisiera yo

una España de mercaderes, cuya alma sonase a metal. El saber no ocupa lugar porque lo deja entero a todo linaje de prosperidades, llamándolas, criándolas y encumbrándolas. Pueblo sin saber que fuese poderoso está por nacer; que manos sin cabeza son máquina sin maquinista, y Platón soñó su República habitada y gobernada por sabios y filósofos. No de filósofos que vuelan por lo alto como nubes arreboladas y de oropel, sino como nubes preñadas de lluvia que, al caer en tierra, se convierta en hechos y riqueza entre hombres que tengan cabeza y alma, no sólo vientre y estómago.

¿Que para qué sirven aun esos sabios puramente teóricos y filósofos? Para que los que les rodean, y son más gente de acción que de pensamiento, se aprovechen de la idea y la fecunden en obras inteligentes; para que irradien el saber entre los demás y dejemos de ser una nación salvaje e inculta. ¡Los sabios! Hay quien se ríe acá en España de los sabios; sin duda por lo raro y extraño y cosa no vista por estas tierras. Los maestros de escuela dicen que dieron el triunfo a Alemania. No se la darían a España la mayor parte de los que conozco y de los que pasan por la reválida de nuestros Institutos, que no podemos im-

pedir que pasen, so pena de quedarnos sin maestros. Con sabios en España florecería el Profesorado español como florece el alemán, y los maestros de aquí tendrían algo de los de allí, y doctores, licenciados y bachilleres sabrían por acá algo más de lo que saben los muchachos alemanes al salir de la escuela, que es a lo que más pueden aspirar a saber nuestros bachilleres, licenciados y doctores. Un sabio que viva en cada población deja un reguero de sabiduría por el barrio en que vive, por las tertulias que frecuenta, por las calles que cruza. Es imposible que no se vea rodeado por la afición de algunos; que no alumbre su saber el pensar de sus vecinos; que no se eleve de esta manera el criterio de la población, la cultura, el buen gusto; que no se resientan de su saber cuantas instituciones se emprendan, cuantas obras se acometan. Y una nación no es más que un conjunto de poblaciones. Más que tres escuelas en cada una hace un solo sabio, por esquivo y arrinconado que se le quiera suponer. Honrad y premiad a los sabios, y a los Profesores aficionados al saber; con sólo eso levantaréis a España. Cuando el saber no basta para vivir honrado y bienquisto, y menos para lograr los cargos que solo se

obtienen por la intriga y el compadrazgo, la Justicia abandona un pueblo, y sabido es que «Iustitia elevat gentes»; el pueblo y sus maestros sin esos esclarecidos guías, son rebaño de borregos y rabadanes montaraces.



The first part of the paper is devoted to a description of the
 various methods used in the investigation. The second part
 contains a detailed account of the results obtained. The
 third part is a discussion of the results and a comparison
 with the results of other workers. The fourth part is a
 summary of the work.

¿ESTUDIO CRÍTICO?

Un ilustre teólogo, gran orador sagrado y escritor y periodista, D. Antolín López Peláez, colaborador de LA PATRIA, que dirijo, y obispo de Jaca a la sazón, me decía hablando ardientemente de Cejador:

«Es una soberana raíz helénica y una espiral a la gloria.»

Desentrañando el pensamiento, significaba D. Antolín que siendo griega el alma de la Filología, y siendo Cejador un sabio de las lenguas, constituía un reinado del habla universal y una prolongación hacia las posteridades.

¿Qué otro concepto puede fijar mejor la personalidad del maestro cuya fama ha cruzado las fronteras?

Y si está hecho así el juicio crítico de la obra magna de Cejador, ¿cómo he de saltar yo sobre los cimientos espirituales de D. Antolín, que condensan la idea de otros pensadores para crear lo que ya es inmortal?

El estudio crítico cabe cuando lo requiere la mediocridad del sujeto. Pero cuando el sujeto lleva dentro todos los atributos, no hay estudio crítico posible, de la propia manera que a la refracción de la luz que produce el iris no le sirven de celaje las nubes de un firmamento entero.

Pero he de cumplir mi deber de llenar unas cuartillas, y ha de ser impresión que recoja, no fuerza que juzgue, lo que he de emitir al volar de la pluma, que el tiempo apremia y el oficio de estrujar el cerebro y ganar el pan no admite pulimentos de gabinete, y así tendrá «esto» de espontaneidad lo que le falte de cincel.

Exclamaba Solon, frente a uno de sus criados, conteniendo la ira: «Si no estuviera irritado te abofetearía.»

Tal Cejador, trazando «El año 2000» y «Los bolchevikis literarios».

De un tirón desnuda a los «arrivistas» del intelectualismo, sin dar suelta a la mano que se le va a la cara de un grupo de batidores mutuos del parche. Rodríguez Marín, Menéndez Pidal, Cotarelo, la Institución Libre de Enseñanza, madriguera de tanto conejo huído del arte de producir. Un Carbón reducido a cenizas, un Américo de acetileno, la podre, en fin, del plagio

y del redoble, vestida de frac a la sombra del manzanillo.

«El Ateneo» completa el cuadro; flora silvestre de rimadores chirles, fauna rozagante, patos que graznan intentando emitir el canto del ruiseñor...

Y viene el buril de Cejador a levantar la figura maciza de Hoyos y Vinent, polícroma, de líneas recias, palpitante de vida.

Cejador, conciencia recta, no mira a Hoyos y Vinent, novelista haciendo estilo del pecado, sino copiando el pecado y sacándolo a la claridad para que los ojos investiguen y el cerebro reflexione y el corazón sepa qué camino escoger. ¿Inmoral la péñola de Hoyos y Vinent?—exclama Cejador—. Inmoral como la picaresca española, como los escritos de Juan de Ruiz y Fernando de Rojas. ¿Trágico, patibulario? Como los lienzos de Goya y Zuloaga.

¡Qué valentía la de Cejador escuchando su propio convencimiento, sin atarse a disciplinas viejas, a sugerencias de un pacatismo que se atreve a condenar las «Pequeñeces», del P. Coloma!

Y no se arredra Cejador, y la emprende con «La crítica de libros en los periódicos» y «La crítica literaria».

No hay crítica de libros en los periódicos.

cos, porque los periódicos dan más importancia al compadrazgo y al politiquero que a la producción literaria, que es la que refleja el nivel cultural de un pueblo. Y no hay crítica literaria, porque no hay críticos, porque los que existen son adocenados mancebos de barbería o de farmacia, fraguadores del dislate y de la fatuidad.

He aquí anticipado el credo de «Azorín», actual flagelador de los que hacen crítica sin lavarse los pies...

* * *

Pasa Cejador del trompetazo que estremece al suave trémolo de la indulgencia y al aliento a los caídos.

Y habla de los poetas, de los malos y de los buenos, que sueñan, sin percatarse que el público vuelve la espalda a los vates.

Recorta unas estrofas de M. de Santiago Cividades y de M. Fernández Gordillo, y les marca, dulce y estimulador, el modo de no desmayar y seguir adelante.

Esta variedad en la unidad de su ser es la principal medida de Cejador. El brazo al vencido, y los dientes al endiosado y al estulto, aunque tenga un trono.

Bien se advierte esta singular predilec-

ción del Vir de Cejador a través de «El cuadro de Chicharro».

Chicharro, en la cumbre, logra que le premien «Las tentaciones de Buda».

Cejador contempla la obra de Chicharro, y ve tres mujeres repugnantes, no ya capaces de despertar la lascivia a un santo, sino de dormirla a un mico.

Y Cejador pregunta: ¿Alarde de técnica? Bueno; pero «Las tentaciones» carecen de verdad, de justificación.

Hay otro cuadro, de autor modesto, Solana, que es un puerto de Bretaña. Sardinas que se ven saltar, toneles que tienen movimiento, hasta se percibe el olor a brea. No alcanza la técnica de Chicharro, pero hay arte espontáneo, inspiración.

Y Cejador se planta ante el Jurado y le pide que sea más justo.

¡Aragonés bien nacido, qué honor, esa entereza, a tu patria chica!

«Leyendo a Unamuno»... El lector sentirá un gran movimiento de ánimo a la evocación de este nombre.

Unamuno, escritor, enlaza, mal desde luego, una España consentidora de sus zafarranchos literarios con otra España que ha sacudido la melena para aventar a los desaforados.

Al de la España que se encoge de hombros frente a los barbarismos de Unamuno, es al que Cejador tunde.

Cejador coge un libro de Unamuno, «Andanzas y visiones españolas», y a la segunda línea topa con una garrafal, impropia de un escritor presumido, que además es catedrático en Salamanca.

Y, vamos, que la lingüística fosca de Unamuno da pie a las disciplinas.

Véase :

«En la Granja de Moreruela resisten acabar de caer las espléndidas ruinas...»

No lo diría peor el pasante de notario de Villacerda, aficionado a emborronar el papel sobrante de la fe con versos a la hija del boticario.

Siguen otras enormidades que Cejador desplaza a cintarazo limpio, ya que no hay derecho a que bajo el birrete doctoral que rige a la juventud se oculten la vacuidad y la ignorancia.

Así fué siempre Unamuno : tras el enfado esconde la incultura y la falta de arquitectura literaria. Ya se le conocía.

Pero se le ignoraba en el aspecto de patricio. Cincinato que suelta la esteva y empuña el rifle para arreglar el cotarro público.

A Unamuno le parecía pequeño el campo en que cultivaba la hortaliza de su caltre literario, y apenas vino el golpe de Estado del 13 de septiembre se lanzó a remendador del yerro.

No halló para sus trotes, gobernantes tan propicios como lo fueran los gobernados que aguantaban los desahogos de Unamuno, y Unamuno huyó a París.

Desde París, Unamuno, queriendo atacar la dictadura de España, hace creer a los que no son de España que España no merece llamarse nación civilizada.

Lo triste es que cada artículo de Unamuno, cuajado de concordancias vizcaínas, de trasposiciones (*En una de fregar cayó caldera*), de enormidades gramaticales, parece justificar su afirmación.

Porque un individuo de tal vitola literaria, que figura a la cabeza de la intelectualidad, forzosamente induce a error a la opinión ajena.

Y basta, que el espacio va reduciéndose.

Detiénese mucho Cejador en «La instrucción nacional».

No hay nada comparable a ese trabajo de Cejador.

Abarca su fibra todo el problema de la enseñanza, y descarga mazazos de gladi-

dor sobre el tremendo tejido tentacular que impide el progreso de los niños, de los jóvenes, de España en suma.

Nadie se cuida de avanzar, todos van a la olla política, y mientras sube Roque o baja Juan, el caciquismo llega hasta las Universidades, imponiendo el favor con mengua de la justicia.

Y así hay más médicos que enfermos, más abogados que pleitos, un enjambre de titulares de la ciencia que matan y saquean al ciudadano y estancan a España, tributaria de los extranjeros que inventan máquinas y desenvuelven sus industrias y acaparan los mercados con la ventaja del más apto.

«La biología social no es un círculo cerrado: es parábola que sube y baja, cuya proyección no queda limitada entre la cuna y el sepulcro. Alientos que despiertan un ideal con los que rejuvenecen a los pueblos; desfallecimiento, flaqueza sin impulsos a renovarse, postran a las razas seniles y revejidas.»

Este párrafo sublime, de divina inspiración, condensa todo un cuerpo de doctrina social. Es la Custodia conteniendo lo infinito, lo no percedero... Sabiduría, amor a la especie.

Enlaza Cejador con este artículo el del «Profesorado oficial» y «Los libros de texto».

Muéstrase Cejador contrario al texto único, que tan apasionadas controversias produce actualmente.

El texto único—irrumpe Cejador—es el mayor de los disparates.

Si en las Universidades y otras aulas docentes se enseña a investigar y no solamente a aprender lo que el libro contiene, y es mejor maestro el que sea más original, someter las inteligencias a un patrón, es cosa deforme, cuando las inteligencias deben irse formando al día, según los adelantos de la Ciencia, que el profesor ha de percibir al momento.

Instituye después Cejador un «Plan de Enseñanza dividido en cursos elementales», fundamento de los estudios superiores, y hay una experta racionalidad entre la calidad de las materias y su distribución en el tiempo.

Es imposible seguir a Cejador estableciendo en el artículo «¡A trabajar!» la conclusión de que acá esa voz equivale a «Púdrete en tu propio sudor y muere cobarde», y que el camino más derecho de medrar es el más torcido, y que quemán-

dose las cejas y doblando el lomo no se alcanza honra ni provecho.»

Ni en su erudición de clásico enterado, al discurrir sobre la frase del *Quijote*, tan traída y llevada, *Duelos y quebrantos los sábados*, que Rodríguez Marín creyó explicar y, sin embargo, dejó en la nebulosa.

Ni en el repaso que da a un mexicano, D. Manuel G. Revilla, que escribió *El Castellano en Castilla*, para afirmar así, a humo de paja, que es Valladolid la madre del habla castellana.

Cejador se remonta o profundiza, aquilata, inquiere y fija el término exacto de la materia que trata. Empeño vano, pues, el de ni siquiera glosarle.

En su trabajo «El porqué del Universo» hay un caudal de ciencia y de filosofía, cimentadas en la eterna interrogación de la Humanidad: «¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos?»

No hay para qué hacernos estas preguntas—dice Cejador, saliéndose del montón cual cumple a su espíritu despierto y a su gran percepción de lo que se ve y de lo que se ignora.

No hay para qué—repite—, si queremos asemejarnos a la bestia. Mas si somos seres de entendimiento y voluntad, y aspiramos a

la superioridad animal, es de precisión el *Nosce te ipsum*.

El panteísmo moderno no sabe decir más que el hombre es una de tantas manifestaciones del Universo, la más excelsa.

Y ahí para.

Cejador, que posee el principio de la causalidad, no adocenado, salta sobre la despreocupación de investigadores desordenados, poco pacientes, y exclama: «El Universo es Dios, y porque es Dios es Universo.»

Si toda causa proviene de otra causa, ¿Dios proviene de otro Dios? — inquiera Aristóteles—.

¡No! — responde Cejador—. Dios es la esencia primera y la esencia muere en él.

No es la Metafísica enrevesada la que Cejador nos sirve en este tema, que arranca de los albores de la Humanidad, es lógica encadenada a los hechos y a la razón expuesta con una sencillez y una seguridad que invitan a que el discurrir de Cejador no se acabe tan pronto...

Asunto tan distinto de éste como el de la «Nacionalización de la ópera», despierata una gran curiosidad, ya que ha sido y es campo constante de lucha.

Y resulta que al cabo de tantos duelos

a muerte sobre la nacionalización de la ópera no se sabe lo que es.

¿Es que se canten en castellano las óperas italianas? ¿Quieren que se hagan óperas en castellano por autores españoles?

Eso—dice Cejador—no será nacionalizar la ópera. ¿Vamos a privarnos de oír a los cantantes extranjeros? ¿Vamos a obligarles a que canten en español?

Una música española por los cuatro costados, con letra castellana, ¿habrá nacionalizado la ópera?

A este propósito, Cejador nos da a conocer el origen de la ópera, sus fases y hasta las épocas en que, desde 1800, se ordenó que la letra de la ópera aquí fuera española, siendo inútil toda tentativa para conseguirlo.

«En el Retiro. Meditación política», es un grito patriótico de Cejador.

Cejador está en el Parque del Retiro, y medita sobre la pérdida de nuestro ribazo de América, el único patrimonio de nuestros abuelos.

Levanta la cabeza y ve que uno de los paseos lleva el nombre de posesiones que fueron nuestras. Sigue andando y observa que cada calle de árboles ostenta una inscripción parecida. El sarcasmo hace llorar

a Cejador. Por todo un Continente, unas hectáreas de terreno.

¡Cuán grande le parece entonces el antiguo hidalgo español, y cuán ridículo el señorito de nuestros días!

Mas no todos son señoritos. Hay en España señoritos que la gobiernan y gentes de chaqueta en mangas de camisa, que son los gobernados.

Y desde que España es España, y no Aragón, Castilla, Navarra, España se distancia de sí misma.

El «zapatero, a tus zapatos» de Carlos V divorció a la nación de sus directores y el hecho constituye la clave de nuestra historia y de nuestra decadencia.

Cejador desempolva las palabras del pueblo al Rey en su tierra, en nuestra tierra aragonesa :

Nos, que valemos tanto como vos, y que juntos somos más que vos, os hacemos Rey, con tal de que guardéis nuestros fueros y libertades. E SI NON, NON.

Cierto que las libertades, lo que los viejos políticos de la Restauración acá llamaban libertades, eran acomodamientos a su prestancia. Mas aun así las libertades padecieron siempre del humor de los que encarnaban el Poder, sin que el E SI NON,

NON, recordara a los ocupantes de las poltronas la tradición del pueblo.

Actualmente, vivimos en España una mudanza, saludable hasta hoy, pero cuyas excepciones se prolongan demasiado. Bien hayan, sin embargo, si ellas han de evitar que se malogre el esfuerzo de un caudillo que se jugó la piel y que está a punto de firmar la Paz de Marruecos, llevando tras sí la bendición de las madres españolas.

He de limitar mi *Estudio* a las páginas completas que las linotipias de la imprenta Radio me conceden y es preciso cortar.

«Filosofando», «Centralización y descentralización», «Filosofías acerca del habla vulgar y erudita», «El bello gesto de una princesa», «Los estudios arábigos en España», «Porteros y Conserjes», «Filosofías de Periquito», «Los desuellacueros», «Sombras chinescas», cuanto resta, en fin, de los tomos II y III de *CINTARAZOS*, son verdaderos destellos del genio de Cejador.

Mas he de dedicar unas breves líneas a «El criterio histórico», que es una fibra del corazón de España, engarzada al joyel étnico de las repúblicas hispanoamericanas, especialmente prendida a Chile.

Es un trabajo que la Dirección del «Co-

reco de España» encargó a Cejador y que no se sabe por qué quedó sin enviar.

Encauza Cejador una cuestión suscitada allá sobre si España protegía o no a las Repúblicas, y, elevándose, dicta a los descreídos la verdad, a los ignorantes la razón y a todos el anhelo de una compenetración, al mismo tiempo sentimental y útil.

A Cejador le han combatido los tontos y los malvados. No han escaseado los de aureola más o menos legítima.

Pero el nivel de un luchador se mide siempre por el número y la calidad de los que le atacan.

Conozco afortunadamente el telar.

Ya Castelar dió la norma, diciendo :

«Tengo muchos enemigos. Algunos, muy buenos enemigos. Otros, muy dignos de serlo. Los hay que no merecen ser enemigos míos. Así y todo los prefiero a ciertos amigos...»

CINTARAZOS es una válvula del genio.

No son los artículos que contiene, émbolos de una máquina neumática que suben y bajan dejando en pos de sí el vacío.

Son rejas que abren surco, llamaradas que

iluminan a la Humanidad, ventisqueros que barren la carcoma, palpitaciones de un alma buena, que se entrega al abrazo de una patria universal... Divino Averröes, buscando la partícula aurífera en el rayo de sol sobre las ondas azules...

INDICE

	Páginas
	<hr/>
✓ El año 2000.....	3
✓ Los bolchevikis literarios.....	11
El Ateneo.....	17
Antonio de Hoyos y Vinent.....	21
✓ La crítica de libros en los periódicos.	27
La crítica literaria.....	33
✓ Cartas madrileñas.....	37
Versos	43
El cuadro de Chicharro.....	49
✓ Leyendo a Unamuno.....	55
Por la Instrucción nacional (I).....	65
Por la Instrucción nacional (II).....	83
✓ La reforma de la Enseñanza.....	95
✓ ¿Estudio crítico?.....	105

INDICE

102	Estudio crítico.....
68	La reforma de la Enseñanza.....
52	Por la Instrucción nacional (II).....
52	Por la Instrucción nacional (I).....
52	Expediente de tramitación.....
48	El estudio de Elche.....
45	Yemas.....
37	Cantos marplatenses.....
32	La crítica literaria.....
27	La crítica de libros en los periódicos.....
21	Antonio de Hoyos y Vinent.....
17	El Almirante.....
11	Los bolchevichs literarios.....
5	El año 2000.....

OBRAS DE DON JULIO CEJADOR

(DE VENTA EN LAS LIBRERÍAS DE
MADRID Y PRINCIPALES DE AMÉRICA)

GRAMÁTICA GRIEGA, *según el sistema histórico comparado*, Barcelona, 1900. Pesetas 25.

EL QUIJOTE Y LA LENGUA CASTELLANA. Madrid, 1905. (Agotada.)

LA LENGUA DE CERVANTES. *Gramática y Diccionario de la Lengua castellana en el «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha»*, Madrid, 1905-1906.—Tomo I: *Gramática*, pesetas 15.—Tomo II: *Diccionario y Comentarios*. Pesetas 25.

CABOS SUELTOS. *Literatura y Lingüística*, Madrid, 1907. Pesetas 5.

NUEVO METODO TEORICO - PRACTICO PARA APRENDER LA LENGUA LATINA. Cuatro tomos, Palencia, 1907-1908; Madrid, 1926. Pesetas 24.

EL LENGUAJE. Serie de estudios, de los que van publicados los siguientes:

Tomo I: INTRODUCCIÓN A LA CIENCIA DEL

- LENGUAJE. Salamanca, 1901 ; segunda edición, Palencia, 1911. Pesetas 12.
- Tomo II : LOS GÉRMESES DEL LENGUAJE.—*Estudio físico, fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje, como base para la investigación de sus orígenes*, Bilbao, 1902. Pesetas 12. (Agotado).
- Tomo III : EMBRIOGENIA DEL LENGUAJE.—*Su estructura y formación primitivas, sacadas del estudio comparativo de los elementos demostrativos de las lenguas*, Madrid, 1904. Pesetas 12.
- Tomos IV al XII : TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA, *origen y vida del Lenguaje, lo que dicen las palabras*. Pesetas 12 cada tomo.—Tomo IV : A, E, I, O, U, Madrid, 1908.—Tomo V : R, Madrid, 1908.—Tomo VI : N, Ñ, Madrid, 1909.—Tomo VII : L, Madrid, 1910.—Tomo VIII : SILBANTES (1.^a parte), Madrid, 1912.—Tomo IX : SILBANTES (2.^a parte), Madrid, 1912.—Tomo X : SILBANTES (3.^a parte), Madrid, 1912.—Tomo XI : SILBANTES (4.^a parte), Madrid, 1913.—Tomo XII : LABIALES, B, P (1.^a parte), Madrid, 1914.
- ORO Y OROPEL, novela, Madrid, 1911. Pesetas 3.
- PASAVOLANTES, colección de artículos, Madrid, 1912. Pesetas 3.
- MIRANDO A LOYOLA, novela, Madrid, 1913. Pesetas 3,50.
- ARCIPRESTE DE HITA, edición, prólo-

- go y comentario, dos tomos, Madrid, 1913.
- FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, edición, prólogo y comentario, dos tomos, Madrid, 1913.
- MATEO ALEMAN, *Guzmán de Alfarache*, edición y prólogo, dos tomos, Madrid, 1913.
- LORENZO GRACIAN, *El Criticón*, edición y prólogo, dos tomos, Madrid, 1913-1914.
- LOS SUFIJOS INDO-EUROPEOS-TU,-TA,-TI. Madrid, 1914. Pesetas 5.
- EL LAZARILLO DE TORMES, edición, prólogo y comentario. Madrid, 1914.
- ¡DE LA TIERRA...!, colección de artículos, Madrid, 1914. Pesetas 3.
- TRAZAS DEL AMOR, novela, Madrid, 1914. (Agotada).
- EPITOME DE LITERATURA LATINA, Madrid, 1914-1923. Pesetas 5.
- MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *Biografía, bibliografía y crítica*, Madrid, 1916. Pesetas 2.
- QUEVEDO, *Los Sueños*, edición, prólogo y comentario, dos tomos, Madrid, 1916-1917.
- HISTORIA DE LA LENGUA Y LITERATURA CASTELLANA, 14 tomos, a 12 pesetas cada uno : Tomo I : *desde sus orígenes hasta Carlos V*, Madrid, 1915. (Agotado.)—Tomo II : *época de Carlos V*, Madrid, 1915.—Tomo III : *época de Feli-*

pe II, Madrid, 1915.—Tomo IV : *época de Felipe III*, Madrid, 1916.—Tomo V : *época de Felipe IV y Carlos II*, Madrid, 1916. Tomo VI : *época del siglo XVIII : 1701-1829*, Madrid, 1917.—Tomo VII : *época romántica : 1830-1849*, Madrid, 1917.—Tomo VIII : *época realista, 1.ª parte, antes de la revolución, 1850-1869*, Madrid, 1918. Tomo IX : *época realista, 2.ª parte, después de la revolución, 1870-1877*, Madrid, 1918.—Tomo X : *época regional y modernista, 1888-1907, 1.ª parte*, Madrid, 1919. Tomo XI : *época regional y modernista, 1888-1907, 2.ª parte*, Madrid, 1919.—Tomo XII : *época regional y modernista, 1888-1907, 3.ª parte*, Madrid, 1920.—Tomo XIII : *época contemporánea, 1908-1920, 1.ª parte*, Madrid, 1920.—Tomo XIV : *época contemporánea, 1908-1920. Fin y Apéndices. Diálogos del euskera y origen del castellano*, Madrid, 1922.

EL CANTAR DE MIO CID Y LA EPOPEYA CASTELLANA, *estudio crítico*, New York-París, 1920. Pesetas 25.

LA VERDADERA POESIA CASTELLANA, *Floresta de la antigua lírica popular, recogida y estudiada*, tomos I, II, III y IV.—Tomo V : *Historia crítica de la antigua lírica popular*, Madrid, 1921-1924. Pesetas 6, 7,50, 7,50, 7,50 y 7,50.

FRASEOLOGIA O ESTILISTICA CAS-

- TELLANA, Madrid, 1921-25, cuatro tomos. Pesetas 15 el tomo.
- TIERRA Y ALMA ESPAÑOLA. Pesetas 8.
- LA COMEDIA «EL CONDENADO POR DESCONFIADO» (*crítica*), New York-París, 1923. Pesetas 5.
- EL MADRIGAL DE CETINA (*crítica*), New York-París, 1923. Pesetas 2.
- DICCIONARIO ETIMOLOGICO LATINO-CASTELLANO. Madrid, 1926. Pesetas 15.

OBRAS PÓSTUMAS

- RECUERDOS DE MI VIDA. (Prólogo de Ramón Pérez de Ayala.) Madrid, 1927. Pesetas 4.
- HORACIO, *fiel y delicadamente vuelto en Lengua castellana*, primer tomo. Madrid, 1927. Pesetas 5.
- ORIGEN DEL ALFABETO, *medallas e inscripciones ibéricas*, Barcelona, 1927. Pesetas 15.

EN PRENSA

- HORACIO, *fiel y delicadamente vuelto en Lengua castellana*, segundo tomo.
- HISTORIA DE LA LENGUA Y LITERATURA CASTELLANA. — Tomo I: *desde sus orígenes hasta Carlos V*, dos

volúmenes; 2.^a edición, completamente refundida y aumentada.

CINTARAZOS, tomos II y III.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

ORIGEN DEL LENGUAJE Y ETIMOLOGIA CASTELLANA.

HISTORIA DE LA LITERATURA HISPANO-AMERICANA.

REFRANERO ESPAÑOL.

VOCABULARIO MEDIOEVAL CASTELLANO.

VOCABULARIO ESCOGIDO CASTELLANO.

LA VERDADERA POESIA CASTELLANA, tomos VI, VII, VIII y IX.

TOPONIMIA HISPANICA *hasta los romanos inclusive, para cotejarla con la bascongada y completar la obra de Humboldt «Los primeros habitantes de España».*

CRITICA (varios tomos de...)